

Diario
del
Infierno
de
Almoloya

Raul
Salinas
de Gortari



Diario
del
Infierno
de
Almoloya

**Raul
Salinas
de Gortari**

**Diario
del
Infierno
de
Almoloya**


EDITORIAL DIANA
MÉXICO

DEDICO ESTE DIARIO AL CORAZÓN VALIENTE
DE TODOS LOS QUE ME APOYARON
Y ME DIERON LA FUERZA PARA SALIR
DE ESTE INFIERNO.

DOLOR SOBRE DOLOR.
DOS CORAZONES,
EL DE MI PADRE Y EL DE MI HERMANO,
DEJARON DE LATIR.
NO PUDE ESTAR CON ELLOS.

Raul Salinas de Gortari

Diario

de

Interno

de

Estadística

*“Es traición contra la justicia divina el prender a nadie con semiplana probanza o por sospechas sin culpa rec-
tamente averiguada.*

*“Es traición contra la divina justicia remitir al mundo del hambre, soledad, desprecio, perrerías, azotes, tinie-
blas, frío, humedades, calabozos, grillos, tortones y la muerte continuada.*

“Dar justicia no está a elección de jueces. Ni juez puede fuera de sentencia definitiva, tomar jurisdicción sobre nadie para ultrajarle con oprobios.

“Clamaré Señor inmenso como Jeremías, hablaré como Daniel, llamaré como David, mendigaré como Esther, celaré como Elías, sentiré como Moisés, meditaré como Ezequías, escribiré como Ezequiel, preguntaré como Natán, discreparé como Samuel, esperaré como Jonás y sufriré como Job.”

GUILLÉN DE LAMPART
Preso de la Inquisición
1642 - 1659

PRIMERA EDICIÓN, MARZO DE 2005

DERECHOS RESERVADOS

©

ISBN 968-13-4086-8

Diseño de portada: Juan Becerril

Copyright © 2005 por Raul Salinas de Gortari.

Copyright © 2005 por Editorial Diana, S.A. de C.V.

Arenal No. 24, Edificio Norte,

Ex Hacienda Guadalupe Chimalistac,

01050, México, D.F.

www.diana.com.mx

IMPRESO EN MÉXICO – PRINTED IN MEXICO

*Prohibida la reproducción total o parcial sin
autorización por escrito de la casa editora.*

LA MECÁNICA ZEDILLISTA

El 19 de diciembre de 1994 se desató la devaluación.

Después de esta equivocación del gobierno de Zedillo, que se conoce como el “Error de diciembre”, la fuga de capitales del país fue mayúscula.

En el mes de enero de 1995, se tomaron más medidas equivocadas al llevar las tasas de interés a niveles altísimos, lo que hizo que la sociedad viera, con toda razón, que su patrimonio y todo signo de seguridad financiera volaba por los aires.

El sexenio de Zedillo empezó así con el pie izquierdo.

Al inicio del mes de febrero, había ya muchas voces que pedían la renuncia del presidente Zedillo. La salida de capitales continuaba y nada la detenía

La revista Proceso lo dijo así:



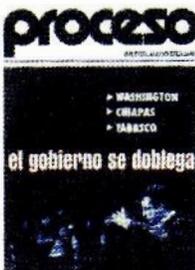
26 de diciembre de 1994



9 de enero de 1995



16 de enero de 1995



23 de enero de 1995



30 de enero de 1995



20 de febrero de 1995

El presidente de la república, en tres días, sumido en la mayor crisis financiera del país, se encontraba además con una absoluta derrota política.

El 12 de febrero de 1995, contrario a lo que había anunciado en sus discursos (que no habría concertaciones), aceptó dos concertaciones: quitar a los gobernadores de Tabasco y de Chiapas.

El 13 de febrero de 1995, por órdenes del presidente Zedillo, fue removido de su cargo el gobernador de Chiapas Eduardo Robledo, quien fue sustituido por Julio César Ruíz Ferro.

El caso de Tabasco fue distinto porque el gobernador se resistió a dejar el cargo para el cual había sido electo.

El 14 de febrero de 1995, sumido en la peor crisis financiera y política, imaginable, Zedillo ordenó un nuevo golpe desesperado, ahora en contra de su antecesor Carlos Salinas y su familia.

El 15 de febrero de 1995, el subprocurador especial (nombrado por el presidente Zedillo) para los casos Colosio, Ruiz Massieu y Posadas, Pablo Chapa Bezanilla, inició febrilmente la fabricación de pruebas que incriminaran al expresidente Carlos Salinas (y otros) en el caso Colosio y a Raul Salinas de Gortari en el asesinato de José Francisco Ruiz Massieu.

El 20 de febrero de 1995, el Subprocurador Pablo Chapa y el Oficial Mayor de la PGR, Antonio Gándara, extrajeron 500 mil dólares de la cuenta bajo resguardo de bienes asegurados.

El 21 de febrero de 1995, establecieron el fideicomiso número 87.3 en Banca Serfin, para lavar el dinero del soborno.

EL INICIO

No puedo decir con exactitud dónde principió esta historia. Cierto es que fue el 28 de febrero de 1995 cuando el gobierno de Zedillo cumplió la orden presidencial de encarcelarme.

El presidente de la república, Ernesto Zedillo, ordenó meterme a la cárcel para su beneficio político.

Me encerraron en Almoloya donde llevé, cuando podía escribir, un breve diario de ese infierno.

Martes 28 de febrero de 1995

En cuanto vi a Paulina tras el cristal del locutorio de la cárcel de Almoloya, lo primero que le ofrecí es que nos divorciáramos. Le dije que el gobierno había tomado una decisión política y que por lo tanto

yo entendía que el sexenio iba a ser un infierno para nosotros y que sólo nos esperaban días y días de una lucha devastadora. Para mi fortuna Paulina me dijo que estaría siempre a mi lado, pasara lo que pasara. Que de ninguna manera aceptaba el divorcio.

El procurador Antonio Lozano Gracia le ha advertido a Juan Velázquez que lo meterá a la cárcel amenazándolo de prevaricato, por lo que no puede intervenir como defensor en mi proceso. Cuando me detuvieron, acompañó a Paulina y pude hablar con ellos hasta cerca de las ocho de la noche.

Martes 20 de junio de 1995

En este encierro, ver de pronto un rostro conocido es para mí muy importante.

¿Qué pasa allá afuera? ¿Qué dicen de mí? ¿Cómo está la opinión pública? Desde que estoy aquí no tengo acceso a ningún medio de información, todavía no permiten la entrada de la televisión reglamentaria y tengo prohibido que me pasen cualquier periódico. Estoy incomunicado totalmente.

Es el área de máxima seguridad y aquí no me puedo relacionar con nadie, incluso los oficiales

tienen prohibido sostener una conversación conmigo, se dirigen a mí lo mínimo indispensable. Estoy completamente aislado, sólo los gritos y llantos de los segregados o castigados, que están al otro lado de esta área, son mi compañía.

Estoy desesperado. Este encierro, el frío, los rostros fantasmales, los ruidos de rejas, diálogos en murmullos y el radio de los custodios, son intolerables. Todo esto me lleva a un miedo siempre recurrente.

¿Qué pasa afuera?

Yo no fui, te lo juro, yo no lo hice. Para qué haría esa barbaridad. En primer lugar no soy un asesino. Respeto la vida profundamente y, en segundo lugar, es mi familia y Pepe era el padre de mis sobrinas. ¿Cómo darles este dolor deliberadamente? No sé, no sé. Todo esto es increíble.

Ahora entiendo por qué me abandonó el abogado Jesús Zamora Pierce. Después que dejaron de ser mis abogados los licenciados Guillermo Molina Reyes y Guillermo Molina Carvajal, a quienes guardo gratitud, Zamora Pierce me expresó que estaba absolutamente convencido de mi inocencia y

que el testigo que me acusaba, Fernando Rodríguez, mentía totalmente. En esa ocasión le pedí a Zamora que por favor no olvidara ni un instante que cada minuto que me tenían en la cárcel injustamente, se me quemaba una fibra del alma. Él me dijo que no lo olvidaría y que lucharía por mi libertad. Sin embargo Jesús Zamora Pierce sólo aguantó la presión unas cuantas semanas y me abandonó a mi suerte.

Ya conocí a Eduardo Luengo, Raúl González Salas y Roberto Hernández.

Paulina se ha portado muy bien conmigo. No ha dejado de venir a verme ni un solo día desde que estoy recluso aquí. También mis hijos y mis hermanos me han apoyado sin límite y sin descanso.

El frío es insoportable.

La vida se va gastando por dentro más apresuradamente de lo que se acaba por fuera. La pena que se padece por la indiferencia, la incomprensión y el sentido de impotencia es mucho más dolorosa.

Estoy desesperado.

Miércoles 21 de junio de 1995

Me siento amenazado y eso me asusta mucho. Sé que a mis amigos los han molestado, la persecución ha sido terrible. Han perdido la paz y la seguridad familiar; me apena tanto que vivan esto. Nada puedo hacer al respecto. Vivo la angustia profundamente; la siento, la respiro, la comparto...

Los movimientos se tornan cada vez más conocidos y aprendo rápidamente los pasos a seguir. Tengo un foco sobre mi cabeza; la cámara que graba y transmite mi imagen en los monitores siempre vistos por los custodios y escuchados por no sé quién. La vigilancia no sólo es externa, pretenden llegar al fondo, como si esto fuera posible. Me acostumbro a la cámara como si fuera una invitada más.

Qué frío, esto es insoportable. Al voltear al techo veo mariposas negras por todos lados, enormes, pegadas unas con otras. Es por las lluvias. Las mariposas se refugian aquí.

En esta época del año llueve mucho y aquí el agua humedece todo, el frío es constante.

La biblioteca viene a mí. Martín es el encargado; en su carrito portátil recorre los módulos con

varios libros y los va ofreciendo. Me presta un libro, me retira el anterior. Viento y frío. Las mariposas se convierten en mis compañeras.

No sé dónde estoy. Todo parece igual; lo único que se diferencia es el área de máxima seguridad.

Cada uno de los internos tiene una celda; casi todo el tiempo estamos dentro de ellas; sólo salgo para algunas actividades

Viernes 23 de junio de 1995

Estancia número cinco

Rejas y de frente al diamante un oficial me pregunta mis datos; después, en la pequeña oficina con los monitores, donde se encuentra el libro de registro, el custodio parece buscar algo. Mi vista, como imán, se dirige hacia las pantallas: observo a un individuo en su reducida estancia, dando vueltas y vueltas, como si alguien lo persiguiera, sin detenerse, como si de esa manera huyera de su agonía, de su no hacer nada: Mario Aburto. Una continuidad escalofriante que conduce a lo cotidiano. El tiempo se le adueña bajo una profunda trivialidad,

en medio de la simpleza, de la soledad y de la muerte interna. Todo para él es lineal: las horas, los días, los años y los siglos.

En el segundo monitor veo la celda número cinco, mi celda. Es estrecha, todos los objetos están muy cercanos, apenas hay espacio para moverse: un catre con papeles y libros encima; junto, un lavamanos y el inodoro me recuerdan, por lo incómodo, a los de un camarote de tren. Al fondo, muy arriba y cerca del techo, una pequeña ventana proyecta en el monitor un punto de luz que alumbra la imagen; todo en una tonalidad pesada, grisácea, lúgubre.

Escucho voces y mi cuerpo comienza a girar dentro de un torbellino. Experimento la sensación de estar a punto de ser descubierto. A escondidas, veo rápidamente el otro monitor: me encontré con una imagen muy distinta al nervioso ir y venir de Aburto; ahora me sentí tocado por dentro, una profunda tristeza me invadió: vi a Othón Cortés, acusado de haber ejecutado el segundo disparo a Luis Donald Colosio, sentado en la cama en posición fetal, con la cabeza hundida entre las piernas, sin movimiento alguno, con un hondo deseo de ausencia.

Llegó el oficial, apagó los monitores.

La cárcel no es fácil. Hace frío, los horarios son rígidos y la vigilancia constante.

Pobre Othón, da pena. En las noches lo escucho llorar desesperadamente. A veces le grito que tenga fe. Aquí padecemos de violentos dolores, temores sin fin, mortificaciones constantes.

Ayer vinieron Paulina y mi familia. Su cercanía me llena de amor y bienestar.

El encierro, el frío, la luz constante, el ojo de la cámara que no descansa jamás.

Paulina se va de viaje. Siento ya su ausencia.

Martes 4 de julio de 1995

Mis hijos son seres buenos, inteligentes, sensibles y muy solidarios. No es justo; me siento muy mal por ellos, vivir la cárcel es algo muy penoso, no tenían que sufrirlo. Sé que la verdad surgirá y con ello recuperaré mi bienestar y el de los míos.

Todo esto me duele mucho. Sobre todo este dolor que viene de la impotencia, esta es la prueba más grande que he vivido.

Un oficial me avisa que me esperan en los juzgados.

Viernes 28 de julio de 1995

Escribir es un intento de conocer la vida. Es saber cómo soy y cómo estoy; también es la oportunidad de comunicarme con los demás y a través de esta catarsis tratar de comprender el significado de tantos inexplicables, como por ejemplo el sentido del castigo, del dominio y el abuso de poder. Es pretender explicar la razón de un área de "segregados" en donde el interno permanece encerrado sin hacer nada, sin poder comunicarse, con un llanto mudo que le da esa inutilidad de las horas pasadas en una desolada quietud sin mayor compañía que cuatro paredes que lo aplastan, lo hunden, lo aniquilan hasta llevarlo a la depresión absoluta.

No hay forma de escapar a la conciencia. No hay manera de silenciar la verdad que grita en cada llanto de impotencia de los internos que son castigados por cualquier pretexto. Una palabra fuera de tono o una "desobediencia" y son enviados al área de segregados donde me encuentro desde hace

meses, para vivir aún más el rigor de la prisión de máxima seguridad del país. Así, la readaptación social se convierte en una utopía.

El sol ilumina pero no calienta. Siento el frío colándose por todos lados y las sensaciones entrecruzándose.

Las estancias del área de máxima seguridad, en donde me encuentro, están al mismo nivel que el área de los segregados, una a la izquierda y la otra enfrente. Lo único que nos separa son las rejas y un diamante. El mismo aislamiento, el mismo frío y el mismo silencio que los castigados. Me parece doblemente injusto ya que por un lado soy todavía un procesado y por el otro el castigo es permanente.

Me observo: el cuerpo delgado, la piel transparente, pálida por falta de sol, los ojos fijos mirando sin mirar, reflejando el cansancio del tiempo pasado entre rejas con todo tipo de limitaciones, como puede serlo el tratar de hacer ejercicio en un pequeño patio techado. Ni yo mismo sé lo que le cuesta sobrevivir, pero lo hago. Mi entrenamiento deportivo y la disciplina férrea aprendida desde mi niñez me permiten "ser".

Me adapto al medio y pido permiso para todo, incluso para hacer mis necesidades. Lucho con todas mis fuerzas para sobrevivir a este horror cotidiano. Pasan las horas; me transformo, me adapto, lucho. Pero sobre todo me enfrento a un nuevo sentimiento: LA IMPOTENCIA.

Martes 1 de agosto de 1995

Los días transcurren y se sobrevive a la espera de lo que pueda suceder. La indiferencia empieza a sustituir el sentido de impotencia; la depresión y el conformismo se unen en una especie de sonambulismo. Siento que me caigo, que me jalan por dentro; apenas puedo respirar.

Lo único que me queda ante esta realidad es tener fe. Me doy permiso de relajarme. Tranquilo, más tranquilo, aflojo mi cuerpo, siento la sensación de bienestar, de paz, de armonía. Mi rostro de niño empezó a relajarse con una expresión tierna. Me siento cobijado, seguro; suspiro, cambio de dimensión, ahora entro a mi mundo interno, ahí donde puedo escaparme.

Viernes 11 de agosto de 1995

Depresión profunda, la diferencia entre el paso y la caída es de sólo un instante. Ante la disyuntiva de perderme en la agonía, decido retomar mi vida y enfrentarla con una lucha sin cuartel. Me dan ánimo y fuerza el amor de mi familia y el apoyo de mis amistades. Nada queda afuera, todo se complementa para que encuentre mi principio de realidad. Miro hacia arriba, recobrando la seguridad con signos de confianza en el futuro.

Estoy sometido a graves tensiones debido a las numerosas audiencias que encaro y que me llevan a enfrentamientos muy dolorosos. Experimentar, por un lado, la rudeza de la gente con la que trato y, por otro, sentir la impotencia y la rabia que se desprenden del hecho de que nadie escuche mi voz. Todo esto aunado a lo prolongado de las audiencias, que duran de dieciséis a dieciocho horas sin descanso y que, como es lógico, me agotaron física y mentalmente. Vino la depresión y mi pretensión de declararme en huelga de hambre. Mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados, no

es fácil de asimilar, y menos conservarme bien física y anímicamente.

El apoyo moral me saca a flote.

Una huelga de hambre sólo provocaría mayores problemas y el aumento de la angustia familiar.

Martes 15 de agosto de 1995

Pido la oportunidad de ver más seguido a mi esposa. La respuesta a mi petición fue negativa.

Lunes 21 de agosto de 1995

Experimento todo tipo de sentimientos, desde el enojo más fuerte, el miedo, el dolor indescriptible, la tristeza, el sentido de abandono, hasta algunos momentos de alegría y de amor. Llevo en el rostro, en el cuerpo y en el alma, el reflejo de haber vivido a fondo.

Observarlo me provoca una sensación de vacío existencial, pues me parece que dejar pasar la vida tibiamente no tiene ningún sentido.

Me tienen en algo así como la zona del olvido. Una cárcel dentro de la cárcel.

Pensar y pensar, dar vueltas, desesperarme; la ociosidad es terrible y la desesperación va siempre en aumento.

Salí a un pequeño patio y hoy pude ver a mi familia, pero la situación era muy dura.

Siento que han quedado mis huesos expuestos. Me paso horas tirado en un camastro. Como en una pesadilla, que lo único que quieres es despertar, ¿no? Me la he pasado luchando contra la adversidad, como en una guerra.

Miércoles 23 de agosto de 1995

Experimento diversos sentimientos que recorren varios matices, que van del miedo al enojo, pasando por el afecto.

Sé que me han expuesto ante la opinión pública, desnudado mis intimidades, cubierto de vergüenza ante mi familia. He purgado la pena del desprestigio; en medio de esto, también surge el amor, la comprensión, el entendimiento al esposo, al padre,

al hermano, al amigo, al compañero de trabajo. Nada me es ajeno, vivo la luz y la oscuridad de las relaciones humanas.

Ante un dolor tan evidente y una tristeza tan honda, he podido conocer también la satisfacción de saberme querido y aceptado por mis amigos. Los he visto desfilar en los juzgados, defendiéndome con gran valentía, no obstante que algunos de ellos han sido perseguidos y afectados en su trabajo y vida familiar.

Esto me reconforta. Cuando me encuentro retraído, en una soledad inmensa, en medio del sarcófago de cemento, mi celda, transformo mi dolor al recordar las caras de mis amigos y de mi familia luchando por demostrar mi inocencia. Hay una transformación, un flujo convirtiéndose en un sentimiento de gratitud sin fronteras que me hace sobrellevar mi terrible situación.

Estoy luchando por estar bien, pero es tan difícil, me digo cansado, agobiado y molesto. Estoy sumergido en un mundo que no entiendo, vivo momentos extremosos que me cansan mucho. Tengo que prepararme emocionalmente, ya que dentro de

unos días van a declarar María Elena Salas y Ana María Pasalagua; incluso la madre de mis hijos, de quien estoy divorciado hace 20 años, metida en esto. Para ninguna de las dos va a ser fácil. Me cuesta trabajo visualizarlas declarando y sometidas a estos interrogatorios tan pesados.

Siento un enorme agradecimiento. Pero es demasiado.

Sé que los que vienen a Almoloya regresan a su casa muy mal, con asco, mareo y una sensación de angustia y depresión muy fuertes. La tónica principal es siempre el temor.

Viernes 25 de agosto de 1995

Mis seres queridos, cuando me visitan, tienen que pasar un tedioso y amenazante ritual carcelario: la revisión del coche, ahí muestran sus identificaciones; pasan al estacionamiento y después a la cafetería, en donde deben esperar. Es un lugar que está enfrente del penal, ahí atienden las trabajadoras sociales y también algunos oficiales que registran en el libro a los visitantes y les indican en qué momento pueden pasar. Mientras esperan, a veces por

horas, pueden comer una torta, pero a quién se le puede antojar comer en un lugar así. A todos se les quita el hambre por completo.

Al pasar por la revisión la gente se pone nerviosa, observan todo. Tratan de relajarse, no pasa nada; lo importante, se dicen, es familiarizarse con esto.

Sé que repiten siempre "Lo importante es demostrar su inocencia".

De pronto empecé a sentir una sensación de vacío, miré distraídamente a dos mariposas negras pegadas en la pared y a otras incrustadas en la ventana. El frío y la humedad penetraron todo mi ser.

Esperando, el tiempo parece eterno.

Me baño todos los días, me peino, me rasuro y me lavo los dientes, hago mi mejor esfuerzo.

Martes 29 de agosto de 1995

El día de hoy fue la audiencia de María Elena Salas. En tres horas y media, aproximadamente, respondió con valentía y claridad al interrogatorio, dicho que apoyó en forma total, mostrando fotografías de su álbum, en donde aparecen Pepe Ruiz Massieu

y miembros de la familia Salinas, en reuniones sociales y familiares; incluso fotografías de hace poco, de los informes de gobierno de José Francisco, en donde estoy presente, ya que asistía como invitado especial.

Miércoles 30 de agosto de 1995

Hoy fue la audiencia de Ana María Pasalagua. En cuatro horas sostuvo una defensa continua y fuerte de mí, como ser humano, exaltando al padre y reconociendo el apoyo siempre existente para ella y sus hijos; afirmando categóricamente que entre yo y Ruiz Massieu existía una buena relación. Valoro en mucho el haber conservado seres tan queridos cerca de mí. Siento una enorme gratitud hacia quien lucha por mi causa. Recibo estas demostraciones de cariño con una enorme emoción.

Viernes 1 de septiembre de 1995

Hoy me toca visita familiar. Ésta es sólo una vez por semana y el día es movable, además, la familia debe turnarse para verme, ya que sólo se permite

la entrada a tres personas; el horario es de nueve de la mañana a una; y la visita íntima es de una a cinco de la tarde.

Este día contiene los únicos momentos en que la caricia permanente, el abrigo y la cercanía me dan fuerza para continuar la lucha.

Caminé a través de los pasillos, adivinando patios; sitios lúgubres en donde el viento helado se convierte en compañía habitual, veredas distintas sin rumbo conocido y con la desubicación como sensación constante. Una sensación de que la gente va y viene y queda siempre en lo mismo.

Durante la vista familiar, estuvimos sentados alrededor de una mesa de lámina. Mariana, mi princesita, Juan José, mi adorado, y mi hermana Adriana. Ensimismados, tratando de encontrar respuestas en donde no las hay; buscando un punto donde asirse, para no resbalar; para no caer en ese precipicio de la angustia. Percibí la desesperanza bajo su pálida piel y su cara desencajada, noté el paso de la luz a la sombra, tratando de sonreír para evitar el llanto. No cruzábamos palabra alguna. El ambiente era tenso, pesado, y el oficial en la puerta lo ob-

servaba todo en medio de un silencio aplastante; un silencio que se convierte en algo amenazante. Las caras desmoralizadas y abatidas me hicieron entrar en un estado depresivo tan hondo que tuve la necesidad de respirar profundamente para no llorar, para no demostrar mi debilidad frente al dolor.

Aquí todo es un castigo. Hay que aguantar, no hacernos daño. Esto es tan penoso. Los veo cansados, deprimidos. Tratamos de animarnos.

Es el carcelazo. Normal cuando vives encerrado y con temor de no salir de aquí. Sucede cuando vas acumulando diversos sentimientos, como el miedo y la impotencia frente a la autoridad. Cuando el abandono, las carencias y el encierro te van aplastando poco a poco hasta que explotas; es energía guardada, la sientes en el pecho. El dolor te paraliza, no te deja respirar, te invade y así surge la desesperanza, la depresión; una tristeza tan profunda que te hace ver todo negro. Tal oscuridad no te permite ver salida alguna.

Todo parece extraño; no puedes creer que se pueda, algún día, rehacer tu vida, gozar a tus hijos

y disfrutar de tu mundo. Todo te asegura que permaneceremos aquí para siempre.

El carcelazo te provoca el deseo de no existir. A veces me imagino que todo es un sueño del que puedo despertar libre, pero al abrir los ojos por la mañana, aparece de nuevo la pesadilla.

Para comprender el carcelazo no basta con vivir la experiencia como observador externo, hay que vivirla por dentro, en los huesos, con todo el sufrimiento del corazón.

Una angustia me lleva a un dolor profundo en medio del pecho, como si éste quisiera partirse en dos, una sensación que va en aumento, como las corrientes de los ríos que fluyen y confluyen por todos lados hasta llegar a un remanso en donde la desgracia y la felicidad adquieren el mismo significado; la indiferencia se apodera de mí y pierdo la esperanza, quedándome hueco.

Percibo la decaída, me doy cuenta de que ésta no la puedo permitir en estos momentos y mi ser salta; hay que sacar fuerzas de donde sea, encontrar ánimo, proyectarlo de alguna manera.

Hay que encontrar las mejores posibilidades estando aquí, vivir momento a momento, tratando de ver lo positivo, ya sé que no es algo sencillo, por lo pronto estoy vivo, tengo familia y esto le da sentido a mi vida. Todo tiene una razón de ser, nada es casual. Algo tengo que aprender de todo esto, sobre todo de las equivocaciones. Como dice mi maestra: "Hacemos cosas tontas por razones sabias"; descubrir esa sabiduría es la meta.

¿Por qué he de dejarme aniquilar por esta cárcel? Hasta ahora nadie ha podido contra mí. No me van a vencer. Voy a seguir hasta el final. Martín se asomó por la puerta y con su habitual sonrisa me indicó que tenía nuevos libros, invitándome a ver los títulos.

—Ánimo — me dice en voz queda, para que ningún custodio lo pueda escuchar. Le pregunto a Martín si él sabe lo que es el carcelazo.

—Claro — me responde —, es una depresión tan fuerte que salir de ella está en chino.

¿Es común en todos los internos?

Es común en todos, no sólo en los internos. En este lugar todos vivimos el encierro; imagínese al

que se queda en los diamantes; se la pasa encerrado y al igual que los internos está vigilado y si se duerme lo castigan y eso significa quedarse otro turno.

¿Cómo?

Los custodios trabajan veinticuatro horas y descansan cuarenta y ocho; si los castigan se quedan veinticuatro horas más.

Aquí los empleados reciben una capacitación especial que les permite vivir el encierro, el aislamiento y el contacto con los internos, participando del sufrimiento, la maldad y el odio, además de tolerar en algunos casos la prepotencia.

Los custodios son rotados constantemente, no hay posibilidad de amistades ni compañerismos. Cumplir con el trabajo es lo único que interesa, por tanto las relaciones se hacen muy complicadas. Se requiere de una fuerza especial para poder asimilar la situación.

Es tan especial todo esto que cuando yo llegué aquí, de pronto me empecé a sentir muy mal, me dice el encargado de los libros; llevaba mi esfuerzo hasta el límite, sentía que nada valía la pena. Perdí

la alegría y el entusiasmo por vivir, en mi casa no me entendían. Era muy complicado, hasta que comentándolo con algunos de aquí, nos dimos cuenta de que este sentimiento era el común denominador y que de alguna manera experimentábamos lo mismo, así que tuve que hacer un alto en el camino, cuestionarme lo que realmente quería, decidí darme la oportunidad de aceptar las cosas como son, viviéndolas, pero no permitiendo ser afectado.

Lunes 4 de septiembre de 1995

Continúa el mes de septiembre, pero podría ser un día de cualquier mes; es el tiempo que pasa lentamente; lo cotidiano se vive como una agonía. Almoloya se convierte hora por hora, minuto a minuto, en un eterno retorno en el que los días, los años y los siglos son iguales. El encierro y el constante frío me han hecho perder la noción del tiempo, al grado de no percibir los cambios de estación; sólo la lluvia o el canto de algún pájaro lejano me son indicadores, aunque para mí todo se reduce a un triste invierno.

Los días y las noches me son indistintos; la cárcel permanece siempre alumbrada. Añoro un minuto de oscuridad, ya que no tengo manera de escapar a la luz eléctrica que penetra todo mi ser. Por más que trate de taparme, surge de inmediato la indicación de no cubrirse la cara. La consigna es observarme en cada uno de mis movimientos.

La sensación de vigilancia constante me hace sentir invadido en mi yo interior; irrumpido en todo su exterior. La tortura psicológica cada día es menos tolerable.

Por un lado el ojo de la cámara en mi estancia, en los pasillos, en los locutorios y cubículos y por el otro siempre un custodio frente a mí.

Esta invasión me hace sentir aterrado, presionado, sin un momento de reposo; el ser observado en cada acto de mi vida, me lleva a experimentar una angustia constante; tener un ojo vigilante que todo lo ve pero que es inmutable e inamovible hace que la impotencia se apodere de mí.

La rigidez de la situación es tan extrema que no me permiten tener toalla, cepillo de dientes o peine; todo lo tengo que pedir y regresar después de usar.

Mi ejercicio habitual lo realizo en un pequeño patio de 3 x 4 metros, a medio techar con una alambrada, y ninguna manifestación me es permitida. Debo permanecer siempre callado. No tengo forma de sacar la tensión; mi caminata es tan controlada, y tan reducido el espacio, que doy vueltas de un lado a otro y de regreso, para así más o menos completar un círculo. Rutinas con duración de cuarenta y cinco minutos diarios. Me ofrecieron tener acceso a un patio más grande para el próximo mes.

Otro aspecto importante que afecta mi estado anímico lo constituye el hecho de verme constantemente amenazado por la PGR, temor que me hace estar siempre alerta ante cualquier posible fabricación, pues sé que están en búsqueda de cualquier cosa que me incrimine, ya que ante el derrumbe de una acusación surge otra y otra, convirtiéndose en una batalla constante.

Con el pensamiento siempre en alerta, no me permite reposo alguno. Observo todo, de manera incansable. En cada proceso judicial, careo y acusación pongo mi cien por ciento; al igual que lo pongo atendiendo las necesidades emocionales de mi familia. Trato de mostrar seguridad y bienestar,

procuro apoyar a mis hijos en sus inquietudes y mantener la comunicación con mi esposa Paulina, sosteniendo así mi relación de pareja.

Todo esto constituye la defensa de mi vida, en todos sentidos. Mi lucha por la verdad. En esta contienda, se va mi energía y con ella mi estado emocional se encuentra a flor de piel, percibiendo la entraña de mi ser. Escuchando en lo profundo y entendiendo mis pensamientos que se mueven como corrientes de río: siguen su cauce, pero me permiten controlar mis ideas, colocarlas en su sitio y poder sobrevivir.

Esta cárcel te lleva a la aniquilación, te aleja de toda dignidad humana y te hace perder la noción de todo. El tiempo se va eliminando; la cotidianidad y la inercia se apoderan de ti y te conviertes en parte del muro. Tu vida anterior desaparece en la lejanía, el ritmo de tu vida cambia, el sentido del espacio se transforma y entender el mundo externo cada vez te es más difícil.

Confronto múltiples espejismos frente a la visión del pasado, el presente y el devenir. Me encuentro con dos caras de una realidad; por un lado

la lucha, la defensa por la verdad y la justicia y, por otro, la conciencia de la situación crítica de las instituciones, el temor a la persecución de la que soy objeto.

Vivo inmerso en esta rutina sin fin, en donde a nadie importas, tan sólo eres uno más, un número marcado en tu ropa, en tu loza, en tu comida, en tus visitas. El quinientos noventa y siete se convierte en parte de mi persona, es mi identificación y mi modo de vida.

Es muy poco lo que se puede hacer para no envolverte en el gris del lugar, mi permanencia se ha tornado insoportable; desde mi llegada no he tenido un minuto de reposo. No descanso y apenas duermo. Me la paso vuelta para un lado y vuelta para el otro.

Coloco algodón en los oídos buscando sin resultado huir del ruido constante de la prisión: día y noche se escuchan los cambios de guardia, los mensajes por radio, el timbre de las puertas eléctricas con su rechinar al abrir y el golpeteo para verificar su cierre.

Esto es ya insoportable. Además las voces, los gritos y lamentos de los internos me paralizan, la tensión aumenta y sólo por cansancio es que me duermo por breves momentos, para despertar de nuevo al mismo martirio. Esta falta de reposo, la no intimidad, vivir aislado del mundo, pero con éste a cuestas, me resultan como una pesadilla de la que quisiera despertar ya.

Martes 5 de septiembre de 1995

No quiero estar aislado del mundo. Por favor, ¡ayúdeme! Me siento mal de salud; el frío es tan fuerte que cada día me afecta más; tengo miedo de no poder aguantar y a veces pienso en mejor acabar de una buena vez con todo esto. He mandado varias cartas a Derechos Humanos, solicitando mi traslado a cualquier penal, pero no he tenido respuesta. Parece ser que todo está en mi contra.

Cierro los ojos y empiezo a relajarme, suelto en forma consciente la tensión, enfoco mi ojo avizor a estas partes tensas y me digo "Aflójalas". Recorro diversos momentos de mi vida, elijo aquel que me agrada. Mis imágenes mentales van hacia varios

lados sin llegar a ninguna parte, los párpados cerrados, el movimiento ocular es constante hasta que logro centrar mi atención en un recuerdo.

Tengo cinco años, estoy con mi nana y mi mamá. Ellas me cuidan, yo juego con mis hermanos, todos reímos y me siento muy bien. El parque es hermoso y casi infinito, el clima cálido.

Observo los detalles, siento bienestar. El cambio se dibuja en mi rostro; el niño Raul juega, se ríe, confía. Es cuidado, protegido y así empiezo poco a poco a borrar las huellas de la tensión. Respiro profundamente y con un suspiro surge una nueva atmósfera.

En esta cárcel nos podrán quitar el pan, pero no los sueños ni los ideales; nos podrán quitar todo, pero jamás el coraje y la esperanza de empezar de cero.

No hay nada más poderoso que la mente. Viktor Frankl, en un campo de concentración nazi, llegó a la conclusión de que la única libertad es la que da el espíritu y que cuando éste decide vivir sin cadenas, aunque los manipuladores del mundo pongan grilletes en los tobillos y argollas en el cue-

llo, no afectan en lo profundo. Pueden quitarlo todo, menos la capacidad de decidir cómo reaccionar.

Estamos hechos de un montón de barro, de viento y de necesidad de lo profundo; eso impulsa a la búsqueda de algo, que nutra y nos llene los huecos. Para mí, la familia, la religión y el estudio llenan esos huecos.

Es necesario quitar las presencias que matan la vida y amar con toda el alma. Con aire soñador me cuento historia tras historia y reflexiono sobre la filosofía de la vida. Creo que nada es casual, en lo concerniente al universo; todo debe funcionar con un plan establecido, hay orden y sistema, Dios es refinado, pero malo no es, pensé, recordando esa frase oída en algún lugar.

Viernes 8 de septiembre de 1995

La cárcel se lleva a cuestas; significa vivirla por horas, implica hacerla parte de tu existir.

Lunes 18 de septiembre de 1995

Comparecencia de mi hermana Adriana. Fue lo más doloroso.

Martes 19 de septiembre de 1995

Me siento muy agobiado y cansado, con una especie de sollozo constante que pretendo acallar; los ojos a punto del llanto y la tristeza a flor de piel. Tengo la impresión de estar fuera de tiempo, como si no hubiera coherencia entre mi sentir y la experiencia real.

En la penumbra de mis sentimientos surge el dolor desgarrador y la impotencia de estar atrás de la reja del juzgado de acusados, viendo a mi hermana declarar y a mi padre estallar en llanto. Y yo sin poder hacer nada, sin poder consolarlos ni abrazarlos. En estos momentos no había una mano que se posara en mi hombro ni una palabra de aliento que llegara a mi corazón.

Mi hermana ventilaba asuntos de su vida privada, de una intimidad que a lo largo de los años había cuidado sigilosamente; intimidad que ahora salía a la luz, entregando su ser en el intento de salir adelante, en la lucha por la verdad, en la defensa de su hermano, del honor de la familia y la seguridad de sus hijas.

A los pensamientos los formaban las imágenes de un ayer de espanto, alternándolas con recuerdos de mi infancia, retratos de unión familiar.

¿Cómo explicarse esto? No hay palabras para descifrar lo que siento. Es imposible expresar el dolor que se experimenta al ver a un ser querido sufriendo. Este proceso es agotador, tanto para mí como para mi familia. Pero también, en medio de un dolor tan grande, he encontrado lo sólido de mis vínculos, lo positivo de la relación y las numerosas manifestaciones de apoyo y generosidad que todos han tenido entre sí.

Viernes 22 de septiembre de 1995

Debí imaginarme que esto podría suceder. María Bernal entregada a la procuraduría de Chapa Bezanilla, mintiendo, acusándome con una altanería tal, asegurando una serie de eventos sin ninguna base; incluso se le olvidó que me había enviado una carta en junio pidiéndome ayuda, una carta en la que decía textualmente no tener en qué caerse muerta, además de mencionar que la estaban presionando para declarar en mi contra. No obstante, tuvo que

reconocer su firma y el envío de la carta, y con el máximo cinismo que se pueda concebir, dijo que yo le había comentado que odiaba tanto a mi cuñado que lo iba a matar.

Le grité que mentía. Le pedí que dijera la verdad y fue así que cayó en contradicciones, mismas que yo demostré una a una. Lleva viviendo varios meses de la PGR; le pagan la renta, le dan vales de gasolina... bueno, es tanto el descaró. Todo por dinero. Qué pena... ahora me doy cuenta de lo importante de saber con quién tratas. Estoy confundido, muy confundido, tengo que aprender a vivir con esta realidad. Era mi verdad contra las mentiras descaradas. Era mi enojo, ante la falsedad. Lo único que me quedó muy claro es el interés de la PGR por culparme a toda costa. El gobierno está dispuesto a mentir hasta la ignominia con tal de sostener su decisión de mantenerme encarcelado. Es horroroso, pero de alguna manera es un alivio: su única fuerza radica en sostener sus mentiras; esto es imposible de mantenerse indefinidamente.

Me vuelvo a abrazar a mi soledad y a la tristeza que me invade.

Jueves 5 de octubre de 1995

Siento el frío con tal intensidad, que me cala hasta los huesos, sufriendo un dolor reumático en las piernas. No cabe duda que la cárcel de hielo cumple con su cometido: aniquilar.

Me he sentido herido todo este tiempo por el silencio que me han obligado a mantener. No he podido defenderme públicamente, me han tenido aislado, tengo que luchar por mi derecho a informar. Es tiempo de escribir, de mostrar al verdadero hombre de carne y hueso; no el prepotente de la televisión y la prensa. Lo que siento, sufro. Estoy dolido por permanecer en silencio. No se vale que otros manejen mi imagen de acuerdo a sus propios intereses. Defenderme es mi derecho natural.

Viernes 20 de octubre de 1995

Me apena mucho haber utilizado documentación falsa, como un pasaporte y una licencia de conducir. Para salir del país con Margarita Nava, con quien tenía amores clandestinos, sacamos dos pasaportes falsos para evitarnos problemas sociales

y familiares. Esta falta la reconozco grave y me siento muy mal por haber actuado tan tontamente. Muy mal sobre todo ante mi familia, en particular mi padre, mi esposa, mis hijos.

Martes 24 de octubre de 1995

Deseo que se pase rápido el tiempo. Me envuelve una sensación de malestar unida a la tristeza, queriendo sólo regresar a mi casa. Soy un número, a todos nos identifican así, como si se pudiera contar a los seres humanos como animales.

El tiempo tiende a cicatrizar las heridas, coloca todo en su justa perspectiva y así uno es capaz de entender la verdadera dimensión de los hechos. Hoy por hoy lucho porque me escuchen, porque la justicia se cumpla en mí y pueda salir de aquí. No importa si me alimento o no, lo fundamental es que me oigan. No tiene objeto seguir cuando uno está enfermo de ausencia, de impotencia. Estoy aquí defendiéndome. La situación desesperada y atormentada me lleva más allá de todo límite de resistencia, decido retomar la vida y buscar senderos mejores.

Tengo deseos de llorar.

Viernes 27 de octubre de 1995

Últimamente las palabras no fluyen fácilmente, empiezo a encontrarle sentido al silencio.

No autorizan a mis defensores a estar en la audiencia: estaré solo. Vuelvo a insistir y se repite la negativa del juez. Alto, moreno, con una actitud bonachona, niega mis derechos sin preocupación alguna.

Domingo 29 de octubre de 1995

El penal agrede, deprime, irrita, provocando estrés y ansiedad. Los juegos de poder son muy claros, son formas de calmar represiones. El custodio tiene permiso de gritar, de ordenar y de manipular. Los directivos ejercen su poder con saña, amenazando y controlando a través de castigos. Los abusos de autoridad y la tortura psicológica no sólo son aplicados a los internos, sino también a los familiares a quienes constantemente se les hostiga con la amenaza de no permitirles la entrada. Las reglas del centro penitenciario son tan variables, que las cambian a diario. A criterio del oficial de turno, se inven-

tan nuevas reglas. La arbitrariedad convierte hasta la entrevista familiar en una tortura para todos.

Los castigos son muy severos. Las garantías individuales del preso son violadas con autorización del Estado.

Algunos reos buscamos una esperanza, un alivio espiritual. Leo la Biblia, solicitando al bibliotecario el libro del curso de milagros, los de aplicación mental en el bien, y los de Louise Hay. Sin embargo, no creo que esto ayude a la readaptación, por las condiciones en que esto se da.

Debe de haber una forma de corregir estos métodos, de replantearlos para que los centros de reclusión cumplan con su cometido.

Subo y bajo escaleras, recorro pasillos, rejas, más pasillos y más rejas, hasta llegar al área de máxima seguridad. El frío es cada vez más intenso y siento que me congelo.

Al estarme bañando, salió de la regadera sólo agua caliente y me di una quemada tremenda. Las llaves de la regadera no se pueden regular y ahora me tocó el agua hirviendo, otras veces fría. Es una

lata, en todo este tiempo no he podido bañarme bien; además el olor del inodoro es insoportable.

Me llevaron a un cubículo a ver una película de Tin Tán y Vitola, aunque la señal no llega bien y la pantalla es muy pequeña, de todas maneras me distraje.

Anoche hablé con Paulina. Me preocupa su salud, las secuelas de la hepatitis no la dejan estar bien. Tiene que seguir un tratamiento muy fuerte y las medicinas le caen muy mal.

Martes 31 de octubre de 1995

Estoy sometido a un proceso legal, me enfrento a diversas situaciones además de vivir el encierro, sufro el alejamiento del mundo y con ello el tiempo y la distancia pierden sentido. La espera para mí es un infierno.

Viernes 1 de diciembre de 1995

Estoy muy cansado y deprimido. Paulina está encarcelada en Suiza.

Me enteré de un probable cambio de director, todo se modifica. Vivir a la deriva y sujeto a los cambios inesperados me trae una sensación de inestabilidad terrible.

Me interrumpen para llevarme a notificación.

Aquí las imposiciones son terribles, el rigor inaguantable y la comprensión al dolor humano totalmente sorda.

Miércoles 6 de diciembre de 1995

Las fechas cercanas a la Navidad son muy deprimidas para los reos. Esperamos todos los días un milagro: una visita, un regalo navideño. Al paso del tiempo prácticamente nadie recibe nada y así estas fechas reviven la crueldad de su realidad. Ese sentirse fuera del mundo, extrañar y evocar cada instante fuera de la cárcel; imaginar una y otra vez a los seres cercanos, a las personas cariñosas y buenas de la infancia, de la juventud o de cualquier época, sabiendo que se tuvieron momentos buenos a pesar del ahora, este tiempo no tiene sentido y parece que tampoco término. El pasado empieza a doler hasta que llega a sentirse ajeno.

La cárcel te hace enterrar los sueños. El miedo es el compañero permanente de la desesperanza. Y, sin embargo, un momento diferente les hace revivir la ilusión aunque sea por instantes. Qué extraño, los pensamientos se desbocan imaginando mil cosas. Ojeras de cansancio, de prácticamente nunca dormir. Noches llorando, pensando, sufriendo. Las palabras enmudecen guardando el sollozo a punto de explotar.

Silencio total. La vida, aunque callemos, no se calla; sigue ahondando fuerte en el corazón, sigue doliendo terriblemente, aunque no se exprese con palabras.

Todos tenemos miedo a no salir de ésta. Nos está costando mucho trabajo; cada día que pasa nos duele más. Tratamos de sobreponernos, pero la verdad es que es muy difícil.

Esto ya excede mi capacidad de comprensión, mis posibilidades de dar consuelo. Debo valorar lo que sí puedo cambiar, no ver sólo lo negativo sino también lo positivo, tratar de encontrar el lado amable de la vida. Siempre se abren caminos y de esto estoy completamente seguro. Poco a poco las

situaciones empiezan a ser tomadas como se han ido presentando, con menos dramatismo.

Sé, por experiencia propia, que toda vivencia tiene un sentido; razonarlo y encontrar las causas por los efectos sufridos no es fácil, pero es importante. Sé también que la mayoría de las veces no se ven las señales que la vida presenta y que a quien es capaz de verlas le seguirán los milagros.

Hoy tengo audiencia con la procuradora suiza.

Vivo en tiempo presente: estoy atento a lo que sucede y sólo existe este momento. Con la cara pálida y desencajada me escucho repitiéndoles a mis abogados: "¡Paulina detenida en Suiza! Averigua por favor".

Esto me rasga por dentro sin poder hacer nada, voy cayendo y levantándome en el constante vaivén que me ha trazado el círculo de la vida. En estos momentos el silencio es el mejor lenguaje. He luchado con todas mis fuerzas para no deprimirme. El dolor me hace mucho daño y me hunde en un abismo profundo. Imaginar a mi esposa Paulina encarcelada me es inaguantable. Sufro mucho

al imaginar a sus familiares padeciendo esta experiencia tan cruda.

Guardo con dureza las humillaciones acumuladas, las noticias amarillistas y los comentarios ofendiéndome y señalando a mi esposa y a mi cuñado Antonio.

— Tranquilo, señor — me dijo un custodio ayer por la noche —, no se desespere, cuando más oscuro está es que ya va a amanecer.

Observo la charola de comida: una taza de consomé, cecina, arroz y frijoles, acompañados de tortillas, de postre una manzana.

Jueves 7 de diciembre de 1995

Hoy sería cumpleaños de mi mamá. El día está oscuro y frío; difícil de respirar por tanto acontecimiento. La reunión con Carla del Ponte me angustió mucho, ya que sabía que con mi declaración ponía en riesgo la libertad de mi esposa. Era una responsabilidad muy fuerte, un duro golpe a mi seguridad emocional.

A la señora Del Ponte se le abrían desmesuradamente los ojos azules cuando yo, con toda energía, afirmé que todo era una fabricación de la procuraduría mexicana, ya que yo jamás he tenido ninguna relación con el narcotráfico.

Me indignó la presencia y actitud prepotente de José de Jesús Cortés Osorio, uno de los ayudantes de Chapa Bezanilla en la fabricación de acusaciones en mi contra. Con todo esto me di cuenta, con gran sorpresa, de que los suizos también fabrican testigos. Me enteré de que Cortés Osorio había sido alumno del FBI, lugar en el que aprendió las artes de la fabricación de pruebas, lo que ha sido muy bien aprovechado por Chapa Bezanilla.

La señora Del Ponte no entiende lo que pasa en este país; para ella es de absoluto Tercer Mundo. País en donde sin prueba alguna la procuraduría acusa de relaciones con el narcotráfico y el acusado declara enfáticamente tener las pruebas de la fabricación de la misma procuraduría.

Por momentos el diálogo en francés nos permitió comunicarnos ampliamente; ella habló sobre la

desconfianza que le despierta Lozano Gracia debido a su desconocimiento de las leyes.

Sábado 9 de diciembre de 1995

El dolor es inevitable, el sufrimiento opcional.

Tengo que aprender a distinguir la diferencia.

Viernes 15 de diciembre de 1995

—Soy Mariana —dijo la voz por el teléfono—, ¿qué crees?, liberaron a Paulina.

La paternidad es parte importantísima de mi vida.

Mariana y Juan José son mi tesoro más preciado, lo han compartido todo: el sufrimiento, la pena, el dolor, pero también la esperanza. No ha sido fácil para ellos. El contacto es de vital importancia, es el alimento que nutre la relación y la hace cada día más sólida.

En mi vida he tenido casi todo, he vivido emociones hermosas pero, sin duda, lo más maravilloso de todo han sido mis hijos adorados.

La estrechez de la celda y la reja cerrada me inquietan, me alteran. Escucho ruidos; permanezco atento. Siento un aire frío y cortante; es el cansancio del deambular en la oscuridad de mi alma, siguiendo ese orden rutinario e inflexible que me lleva al vacío y que cada vez es más profundo, más denso y que en medio de esa tiniebla no alcanza a vislumbrar solución alguna.

Mi depresión es notoria y mi dificultad para entablar un diálogo es cada vez mayor. Las cosas más que decirse se adivinan y en el silencio la palabra naufraga.

Paulina está libre y su hermano Antonio también.

Alegría, llanto, desesperación; mi deseo más profundo es salir corriendo para abrazar a Paulina. La realidad me detiene y con ello la frustración y una depresión aún más profunda.

En medio de la impotencia y de la inmensa soledad, continúo vacío, retraído en mis pensamientos. La noticia me cayó como un rayo; tengo que ir asimilando la situación.

Trato de retener una imagen que se me escapaba; un trozo de papel arrastrado por el viento. Una especie de sollozo rompe mi silencio.

Gracias, gracias, Dios mío. Pronto la veré. La confianza se fue recuperando.

También a mí se me abrirán las puertas.

Sábado 16 de diciembre de 1995

Mis abogados me dicen que hoy publican un estudio criminológico donde me califican, por mi categoría intelectual, de alto riesgo, con gran adaptabilidad social, con capacidad criminal alta y un índice también alto de peligrosidad.

Les digo que hasta la fecha no me han hecho ningún estudio: me dicen el nombre de la criminóloga que firma el estudio y les aseguro que es una fabricación, porque esa persona jamás me ha entrevistado siquiera.

Están utilizando la noticia del encarcelamiento de Paulina y el dinero en Suiza, para presentarme como alguien peligroso y así justificar lo injustificable: me tienen preso en una cárcel de alta seguridad, sin pruebas. Ha pasado casi un año y no tienen una sola prueba de mi supuesta participación en el homicidio de José Francisco. Si se tratara de algo

profesional, debía de ser confidencial. Sólo buscan incrementar mi imagen negativa ante una sociedad que requiere de una explicación ante la crisis que vive.

El estudio estaba firmado, me dicen, por las señoras Martha Rocío Multan y Cristina Pérez Mata, ejemplos de individuos alineados a un sistema en el que la oferta y la demanda prevalecen y la conciencia se vende al mejor postor.

Miércoles 20 de diciembre de 1995

La tónica constante es la tristeza y la añoranza; el sentido de abandono y la pesadez se difunden creando así un ambiente denso. Del entusiasmo a la tristeza, Paulina ya ha vivido la cárcel. Se ha sometido a la opinión pública; vivir en carne propia esta situación cambia la perspectiva de todo.

Lunes 1 de enero de 1996

El ocuparse del espíritu es vida y paz.

ROMANOS VIII: 6

El área de máxima seguridad nos tiene a todos tiritando de frío (como siempre), paso todo el día con chamarra gruesa, guantes y la cachucha hasta las orejas. Un mundo beige que vuelve pardo todo. Muchas felicidades. Estas épocas navideñas que son tan familiares me han llevado a valorar más aún el amor de mi familia. No cabe duda de que el amor es lo que mueve a los seres humanos, para mí es el fundamento de lo que soy y tengo; con éste puedo afrontar cualquier reto.

Guardé seis uvas en la bolsa de mi chamarra. Las guardé para pedir un deseo: un año de bendiciones.

Miércoles 17 de enero de 1996

El sol no calienta. El frío traspasa cada rincón de mi ser y hiela el alma, dejándola congelada, como recurso para no sentir.

Esta semana será la última que me permitan estar con mi núcleo familiar completo durante la visita, ya que sólo permiten que pasen tres adultos. Juan José acaba de cumplir 18 años y este mes le toca a Andrea, quienes hasta hace poco pasaban como menores, y Mariana y Paulina que acaban de cum-

plir 20, junto con Paulina eran los tres adultos que permiten. De aquí en adelante veré a la familia por partes, unos tendrán que entrar primero y salir rápidamente para que durante las tres horas que dura la visita puedan entrar los demás. Este sistema lo que realmente provoca es la destrucción de los vínculos familiares. ¡Y eso que aún soy procesado, inocente, sin sentencia!

Me doy cuenta de que de la intensa emoción inicial, fui cayendo en una profunda melancolía, y sin saber a ciencia cierta la razón, me fui cubriendo de tristeza. Una vez que entras en el dolor y en el sufrimiento no vuelves atrás. Los caminos son irreversibles.

Nada viene de la nada y aceptar los efectos es parte de mirar las cosas de frente. Lo importante es darme cuenta, hacerme consciente.

Martes 30 de enero de 1996

He aprendido a base de mucho esfuerzo emocional a dejar ir, a soltar, entendiendo que nada es para toda la vida y que los momentos que me toca in-

terrelacionarme con alguien tienen su razón y mi tarea es encontrarla.

Jueves 1 de febrero de 1996

Día de inicio del mes y día de cambios importantes. Los rumores anteriores al fin encuentran su cauce: el licenciado Castellanos es removido de su puesto y es sustituido por el licenciado Edgar Aguilar Arana. Es notorio el movimiento del personal; se ven nerviosos y su conducta es un poco intransigente. Entra un nuevo director y entra una mentalidad distinta. Me lavo las manos, me mojo la cara, me peino y me pongo la chamarra.

Estoy cansado, harto, indiferente, con un dejo de querer no estar. Alzo los hombros y me quedo callado. Paulina no viene, después de lo vivido por la detención en Suiza, me está aniquilando su ausencia.

Sábado 3 de febrero de 1996

Me sumerjo en una depresión profunda, pierde sentido la vida, el miedo es mi enemigo constante

y poco a poco se apodera de mí. Estoy ansioso y desesperado.

Ignacio Moreno, amigo de la familia y terapeuta de mis hijos, empieza hoy su labor de apoyo como defensor. Mariana me comentó que me visitará una vez por semana.

Martes 6 de febrero de 1996

El viento se cuele por la reja y golpea mi cara. Con director nuevo todos están al acecho.

Me pueden prohibir lo que quieran. ¿Para qué servirá la Comisión de Derechos Humanos?

Tengo que cuidar la vida, es realmente lo único valioso.

Viernes 16 de febrero de 1996

Paulina y mis hijos vinieron a verme: no hay palabras para comunicar el lenguaje del alma; sólo hay una sólida determinación de seguir luchando.

Su amor y calidez me sostiene, me hace soportar el frío del infierno de hielo.

Miércoles 21 de febrero de 1996

Tengo un derrame en el ojo izquierdo, con taquicardia y un poco mareado. Vino a verme mi hermana Adriana, su expresión de preocupación apareció de inmediato y yo me sentí aún más impotente.

Miércoles 28 de febrero de 1996

Cumplo un año en la cárcel. Percibo todos los males vividos; entiendo la limitación que esto implica para mí y mi familia. Siento el peso de las cadenas. Es el día que marca el calendario de mi vida; es el antes y el después. El tiempo del cambio, el momento de la transformación.

Cada instante vivido en prisión refleja diversos sentimientos: la tristeza es constante, el sentido de pérdida siempre va en aumento y el miedo es la compañía habitual. Esta agonía se convierte en una lucha contra el dolor y contra el temor de no saber a qué o a quiénes enfrentarse. Este desconocimiento en ocasiones me paraliza; el combate es desigual, la lucha por iluminar el camino me mantiene alerta pero la oscuridad en cada paso me aterra.

En la lectura encuentro mi principal refugio, a través de ésta recorro el mundo de las ideas y de la vida misma que me es prestada con caras y personajes distintos.

La Biblia se ha convertido en mi libro de cabecera; en él descubro aprendizajes muy valiosos como la posibilidad de la reconstrucción del ser con identidad propia, cobrando conciencia de la inconsciencia y el inicio del conocimiento por el conocimiento.

Escucho mi voz interior que me lleva a valorar mis prioridades; no hay rencor ni resentimientos, no tienen sentido.

Reconozco no ser producto terminado. Hay errores, y muchos, pero son parte del proceso de crecimiento. Mi pensamiento es un continuo discurrir acerca de mi vida.

Este año cumplido ha sido definitivo. Me ha marcado el camino, me ha enseñado la posibilidad de sobrevivir sacando mis mejores recursos. El encierro me ha dado la libertad de escoger una conciencia más alta. Lo pasado es mi historia, y el presente, el hoy, lo vivo con mis adorados hijos,

con el apoyo de mis hermanos y de cercanos amigos y colaboradores, con mi esposa, aunque sea en locutorios a través de un cristal.

Un universo distinto al mío, si se quiere ver así, pero no por eso sin validez.

El corazón tiene razones que la razón desconoce.

BLAS PASCAL

Jueves 29 de febrero de 1996

Los cambios dentro de la cárcel son muy obvios. Revisión tras revisión todo con la nueva tecnología, característica fundamental del centro penitenciario. Cada mañana, cada pasillo, siempre caras serias que apenas me contestan. Caras nuevas, expresiones indiferentes ante la desnudez de los pasillos. La frialdad y el tono gris del ambiente es lo predominante.

El tiempo transcurre lento. La cárcel es un castigo y los presos son sólo eso, presos. De nada sirve eso que los abogados, jueces y demás entogados llaman "presunción de inocencia". Nadie me "pre-

sume" inocente: todos me señalan culpable... de todo.

Vinieron a verme mi hermano Sergio Salinas y Eduardo Luengo. Les comenté la situación. Nada podemos hacer.

Martes 14 de mayo de 1996

El viento sopla. Dos oficiales me conducen a los locutorios. Regreso de noche. El ambiente está tenso. Los rostros inexpresivos y el frío del lugar se acentúan debido a la ausencia de toda decoración. Nada de quejas, no es difícil aprender ciertas lecciones.

Horas de absoluto silencio e inactividad, mi conciencia temporal y la noción del espacio se empiezan a perder.

Miércoles 15 de mayo de 1996

Vino como defensora, como lo hace con generosa regularidad, Martha Maciel, platicamos por horas en locutorios, a través de un cristal.

Jueves 23 de mayo de 1996

Borges decía que los seres humanos estamos hechos en buena parte de nuestra memoria. Escribir, cuando tengo energía para hacerlo, me da la posibilidad de reconstruir mi historia personal. Revivir mis experiencias se ha convertido en una necesidad. Mi historia tiene que sobrevivir al encierro. Los acusadores inventan mi pasado: también tengo que defenderme de la reconstrucción de mi historia.

No siento el calor del sol, pero en uno de los túneles, por una rendija, vi un cielo transparente, tan claro, que me transmitió una sensación de paz.

Mis ojos, ávidos, revisan otra vez los rincones de la celda; después de un año, tengo tiempo para examinar el sitio sin prisa. Es el momento de experimentar la sensación de crudeza, el frío del lugar, el aire, los muros grises, lo lúgubre en todo y la solemnidad del negro de los uniformes de los custodios que se mueven por el pasillo, frente a la reja, de un lugar a otro como monjes silenciosos, ya que les está prohibida toda manifestación. En medio de ese mutismo, escucho el eco reproduciendo detonaciones de disparos que a lo lejos se oyen dra-

máticos y me arrojan violentamente a la realidad presente.

¿Cómo resuenan en los parques las risas de los niños?

En medio de semejante desolación, de un mundo cuya consigna es vigilarlo, ¿se puede tener esperanza?

Me están devorando. Yo voy a vomitarlos por el sufrimiento, el dolor y la impotencia.

Mis hijos, ¿cómo están? ¿Cómo vivir sabiendo que un ser tan querido se revuelca en el dolor y la angustia, en la soledad y la tristeza?

La construcción del CEFERESO sigue líneas geométricas, provocando que los espacios nos limiten, ya que las líneas rectas y la pesadez son terribles y el material aplastante, sumado a que las corrientes de aire frío que salen por las rejas que dan hacia los patios son inaguantables.

El deseo de huir de este lugar fantasmal, siniestro, lúgubre, se apodera de mí; el frío y la sensación depresiva me dicen que muera, pero ya era demasiado tarde para intentar otro camino que la vida; mi palabra está en juego, el compromiso contraído

con la defensa de la verdad es irrenunciable: tengo que vivir.

La línea recta es la referencia que señala los límites entre el exterior y el interior, definiendo perfectamente las zonas donde el personal, los internos, familiares y abogados se mueven. Los diamantes, pasillos, espacios de revisión y lugares de espera están perfectamente vigilados; desde cualquier ángulo un ojo avizor está pendiente de todo tipo de movimientos.

Recuerdo un proverbio francés que dice: "La vida es como una cebolla, que uno llora mientras la va pelando".

El locutorio número seis se asemeja a una cabina telefónica. Abro la puerta y jalo una silla. Me siento con dificultad debido a la estrechez del lugar. Frente a mí, un vidrio con algunas perforaciones y una barra de cemento a manera de escritorio. Mis ojos se hunden vagos y tristes. Siento un gran cansancio. Mi chamarra y mi cachucha me hacen sumirme en mi vestimenta; apenas escucho la otra voz. El mundo tiene otras dimensiones.

Miro hacia los lados: un conjunto de rectángulos armónicos de vidrio en serie dinámica es la estructura básica de los locutorios; el herraje color ocre y su armazón estático donde la mirada confirma el aislamiento. Todo obliga a ver hacia el frente, ya que la repetición de las estructuras y el reflejo de los cristales dan una sensación de movimiento que te provoca un mayor estado de desequilibrio.

Una voz lejana con ecos de otras voces, provenientes de los diversos locutorios, se entremezcla. La plática de las visitas a mi lado es a gritos. En silencio me digo:

Ya me estoy acostumbrando, poco a poco. Paciencia.

El vidrio está tan sucio. Apenas distingo. ¡Qué desesperación! Además no me dejan pasar ni una pluma.

La sensación de la luz del foco rojo de una cámara sobre mi cabeza. Puedo percibir ese ojo indiscreto que observa, retrata y escucha a cada momento. Cierro los ojos como única manera de escapar de todo esto.

Respiro profundamente; se me escapa un suspiro. Pienso en la necesidad de adaptarme: todo fluye, nada es para siempre.

El frío empieza a calarme y el miedo surge como el sentimiento más puro.

No creo poder recordar todos los días, pero estos momentos no los voy a olvidar. Afuera la lluvia que parece no tener fin.

Miércoles 29 de mayo de 1996

Las lluvias son tan abundantes que parece que el cielo tiene como consigna inundar la tierra.

Lunes 3 de junio de 1996

Enrique Salinas de Gortari, mi hermano, dio su testimonio. Cada uno de mis hermanos ha dado su lucha, diría sin exagerar que demuestran su disposición a dar su sangre por cada uno de nosotros. Lo vi luchar por la verdad en el área de juzgados del CEFERESO; los asistentes miraban conmovidos, Paulina y Antonio Castañón, los de la PGR y el Ministerio Público; los defensores, el juez y su personal

de juzgado. Todos saben que esta es una persecución contra la familia Salinas, no la investigación de un homicidio.

Parado entre rejas junto a un custodio, presencié la escena en silencio pues no tenía permitido hablar. Enrique, sentado frente a la autoridad, constituía la fuente de atención de todos los participantes. Vestido impecable, de traje oscuro, corbata a rayas y camisa blanca; de tono suave al hablar, cuidadoso, se detenía ante cada pregunta, dando un tiempo para la respuesta y con la seguridad de saber lo expresado. Su tono era cooperativo y parecía que el tiempo no pasaba. He insistido en varias ocasiones en el hecho de que en esta cárcel el tiempo es irreal, el fluir temporal se desvanece tranquilamente ante los ojos oficiales. El interrogatorio que se inició a las 4:30 de la tarde, continuó hasta las 2 de la mañana.

De regreso en la celda, mis pensamientos eran de reconocimiento a la dificultad de la situación. A mi mente llegaba constantemente la repetición del interrogatorio; una y otra vez las mismas preguntas, y una y otra vez las mismas respuestas. El diálogo es interminable. El drama inconcluso.

En este relato faltan muchas escenas por escribirse. Cada día sucede algo y cada día parece anunciar la dramática situación que sigue.

La procuradora de Suiza, Carla del Ponte, pidió disculpas públicas a mi esposa, Paulina Castañón, por su injusta detención; por haberla detenido sin pruebas en su contra.

Aquí, me negaron la petición, hecha a las autoridades del CEFERESO, para vernos el día de nuestro tercer aniversario de bodas. Hay que esperar al día de visita. El esfuerzo realizado por Paulina de hablar con los directivos, las esperas y los corajes son inútiles. Para mí no hay concesiones y menos de este tipo. El dolor se va guardando en lo más íntimo, sin posibilidades de salir, ahogándolo a cada momento, cerrando la válvula para que la angustia y la impotencia no se escapen. Sólo la fuerza y el deseo de estar unidos nos llevan a continuar.

Viernes 7 de junio de 1996

Espero a los abogados; cuesta trabajo que lleguen a la hora a que se comprometieron. No toman en cuenta que cada minuto que pasa, la sensación de

abandono se incrementa. En la cárcel la impuntualidad se transforma en falta de solidaridad, ausencia de comprensión, en humillación.

Entre bromas y veras les recuerdo el consejo de un ex jefe para llegar a tiempo a las citas: tomar el atajo, que consiste en salir antes de la hora en que lo hace cuando llega tarde.

Vivo en el encierro, la distancia y el tiempo pierden sentido. La dimensión cambia, lo remoto del lugar no lo vivo y me es difícil aceptar las tardanzas.

Por fin ayer, 6 de junio, me permitieron la entrada de una televisión. Aunque tiene una pantalla de cinco pulgadas, me emocionó mucho recibirla.

He estado totalmente aislado por año y medio, sin televisión, sin radio, sin acceso a ningún periódico ni revista. Sólo me han permitido un libro a la vez: termino de leer un libro, lo entrego, me autorizan otro; pero de noticias absolutamente nada. Me entero de lo que las autoridades quieren. Soy su rehén, no tengo ningún derecho, ni siquiera a la información. ¿En qué ley dice que se prohíbe a los procesados enterarse de lo que sucede en el mundo? En el reglamento de los poderosos.

En este tiempo me aislaron de tal manera, que las primeras imágenes que vi me parecieron fantásticas. Hice conciencia de que la televisión es un medio impactante y de cómo había dejado de formar parte de mi vida por un periodo tan prolongado. Aunque la señal que se alcanza a recibir en mi estancia de concreto es deficiente, es suficiente para hacerme sentir que todavía existe un mundo donde la gente ve y se viste de colores y donde no hace tanto frío como aquí adentro.

Lunes 1 de julio de 1996

El licenciado Aguilar Aranda —director del centro— tuvo ayer un accidente automovilístico. El panorama es gris. La lluvia empieza, cae tras las ventilas opacas, pintadas de blanco. El frío se apodera de mí, junto al inicio de un estado depresivo.

Mi sensibilidad está a flor de piel. Mi estado anímico se comienza a deteriorar. Lo que en otros tiempos era símbolo de terror, ahora es familiar.

Por la madrugada entraron una vez más a revisar la celda. Ocurre cada dos semanas más o menos. Me sacan en calzoncillos al pasillo helado, lo

siento en las plantas de los pies desnudos; tiran todo por el suelo, voltean las mantas, pisotean mis escritos... y se van. Me quedo aterido de frío y de humillación.

Mi intolerancia, inflexibilidad y exigencia se han modificado. Surge un "yo" diferente que sabe decir en forma clara y firme lo que desea, que puede enfrentarse a retos, pero que también acepta un "no se puede". He aprendido a esperar pacientemente.

Ayer mi abogado Roberto Hernández estaba muy impresionado por la noticia de una nueva consignación. Me vio desesperado y angustiado. Para Roberto fue muy dramático el no poder tranquilizarme, ya que no tenía forma de calmarme. Para su sorpresa hoy me encontró entero, nuevamente, como un hombre que ya ha asimilado el evento y está fuerte para continuar la lucha.

Me contó de nuevas dificultades para entrar a verme. Depende de los criterios de la gente que esté de guardia, pues lo que un día está permitido, al otro no lo está; las reglas cambian y se modifican al capricho de los superiores. Ante esto, los oficiales afirman que ellos sólo cumplen órdenes.

Los trámites para entrar son tardados y se pierde una hora o dos, éstas no se reponen y se reduce la visita.

Martes 23 de julio de 1996

Mi hijo Juan José entró tan mojado por la lluvia como si se acabara de bañar con todo y ropa. No le permiten cruzar el estacionamiento ni los patios con paraguas. Estaba tranquilo, escurriendo su chamarra y preparándose para atravesar el patio a su regreso.

El tiempo, el inclemente clima y el desgaste mental y físico se ordenan a lo largo del calendario. La vida continúa y los propósitos persisten.

Miércoles 7 de agosto de 1996

Escucho a lo lejos los ladridos de los perros y el timbrar de los teléfonos.

Me molesta sentir el ojo de la cámara; frío acompañante que se mantiene presente en cada movimiento. Basta con el intento de retirarme de su alcance, para que un oficial ya esté en las rejas pa-

ra ordenarme ponerme al alcance de la cámara. Salgo al pasillo, me ponen contra la pared para revisarme. Me humillan sin la consideración de que, según la ley, se me debe respetar la presunción de inocencia y tratarme como presuntamente inocente. La realidad es exactamente la contraria a lo dispuesto por nuestras leyes. Esta es la verdad mexicana. Acostumbrarse a las vejaciones no es fácil. El poder absoluto está en los custodios; sus manos palpan, recorren, hurgan, escudriñan, y el cuerpo del preso está a su disposición inmisericorde, sin poderse defender, sin siquiera poder protestar.

Me avergüenzan.

Acaban de exonerar a Othón Cortés. Escuché su grito de alegría al escuchar la noticia en el radio; en seguida se deshizo en un llanto profundo, ronco, surgido de lo más hondo de su pecho. Estuvo sollozando por largos minutos.

Una fabricación más de Chapa Bezanilla en su loca carrera por cumplir con la orden de Zedillo de hacer culpables donde no los hay, de distorsionar las investigaciones de los homicidios políticos.

Qué injusticia haber sufrido y vivido esta situación para después decir que siempre no. No se vale. Lo único que ganó Othón es una diabetes, la presión alta y el temor incontenible a la vida. ¿Qué va a hacer ahora? Después de este suplicio, ¿qué sigue? ¿Por qué a Zedillo le urge desorientar las investigaciones de los homicidios que lo beneficiaron?

¡Pobre hombre! Pobrecita de la familia de Othón. Después de esto nada puede ser igual. Aquí se acaban los sueños y la esperanza. ¿Qué ilusión te surge después de vivir el sufrimiento y el miedo de esta manera?

La impartición de justicia debe tener otro camino. La solución está en otra forma. No creo en que se te juzgue como culpable sin tener evidencias, sólo porque alguien dijo o porque se sospecha.

Aún creo en la justicia. Liberar a Othón demuestra que todavía es posible que la mentira caiga y surja la verdad.

¿Cómo olvidar la escena que vi a través de los monitores de los custodios en el área de máxima seguridad? La cámara instalada dentro de la celda

de Othón lo captaba en un estado anímico deplorable, con una expresión de ausencia y un tono gris pardo como su existencia. Me imagino que esa posición fetal que guardaba por horas, ahora se resuelve en un hombre que camina libremente.

Compartí el pasillo con Othón en el área de máxima seguridad por más de año y medio. Cortés se va y yo me quedo aguardando por mi libertad.

Mi lucha es única.

Experimento un temor constante junto a un estado defensivo. No hay un solo día en que no esté a la expectativa, es como estar siempre alerta, en vigilia, esperando el golpe.

Por otro lado mi único consuelo es el amor familiar, aunque por momentos me pesa el sufrimiento y los cambios en sus vidas. Veo cómo Paulina trata de sobreponerse a lo vivido en Suiza. Sufro por la forma en que mis queridos hijos experimentan las críticas y son sujetos a juicio; eso me duele mucho, soy consciente de la situación que viven mis hermanos, mi padre, y Adriana, mi cariñosa hermana. Los sentimientos me son encontrados, in-

versamente proporcionales entre el amar, retener o soltar.

Me encuentro encerrado en un bloque de cemento y sintiendo por instantes cómo soy enterrado; grito, en silencio, desesperadamente para ser escuchado, pero no hay un solo medio de información que me haya visto; no hay modo de decir lo que siento, no tengo forma de defenderme públicamente. Sé de las especulaciones de mi encarcelamiento, de los rumores, de la incredulidad de la gente por mi forma de vida en la cárcel. Todo esto me duele y me afecta pero, sobre todo, me aflige enterarme de la situación de México, todo esto, en el fondo, abre la herida haciéndola cada vez más profunda. Lo que está sucediendo en este sexenio de Zedillo es un desastre que tardará años en curarse. Me rebasa, lastima mucho más allá de mi carne encarcelada, de mis huesos helados. Más, mucho más que simplemente la imagen de mi familia.

Martes 20 de agosto de 1996

Mañana, día 21, Paulina y Antonio su hermano declararán en Almoloya.

Someter a mi esposa y a mi cuñado otra vez al enfrentamiento con las autoridades me duele. Sé que los dos luchan por superar lo vivido en Suiza y esto les afecta mucho.

Trato de controlar mis temores.

La vida amorosa es fundamental, es el motor que a todo da sentido. Enfrento cualquier situación más o menos con capacidad para resistir, pero ver afectados a mis seres queridos me derriete, como la cera de una frágil vela sometida al calor del fuego.

Viernes 23 de agosto de 1996

Pasan por mi mente varios rostros, escenas románticas, momentos sensuales que me llevan a suspirar.

Sábado 24 de agosto de 1996

Día de mi cumpleaños, por suerte tocó visita familiar y con ello la oportunidad de estar con mis seres queridos.

Estoy tremendamente emocionado con el cariño familiar. Lo demás se olvida.

Le pedí una hoja y una pluma al oficial de guardia. La corté a la mitad y dibujé un pastel con velas, varias estrellas y un sol resplandeciente. Mi mejor regalo es saberme íntegro. He sido un preso que cada día lo ha enfrentado con dignidad, siendo íntegro. Nadie ha podido afectarme contra mí mismo, contra mi integridad. He conservado mi capacidad de elección y decisión.

Miércoles 28 de agosto de 1996

El amor es la única respuesta verdadera en las relaciones humanas.

Es la única fuente de donde sacamos fuerza para salir adelante.

Miércoles 4 de septiembre de 1996

Me propongo desde mí, desde el fondo de mi corazón, comprender y eliminar cualquier barrera que resulte por el hecho de que la gente que trato no responda de la manera que yo espero.

Hay un custodio cuya cara me es particularmente antipática. Hace semanas que lo asignaron a mí

custodia y desde el primer momento sentí cómo me es antipático. Es su rostro, me digo, tiene una cara de muy pocos amigos, se le ve de inmediato que es prepotente, abusivo. No sé cómo resolver esta animadversión, supongo que es mutua.

En uno de los pasillos, caminando un poco más lentamente, me dirijo a él:

—Comandante —le digo—, por alguna razón su cara me es realmente agradable, no sé si es el gesto o que me recuerda a alguien amable.

—Es curioso —me dice el custodio—, no es usted la primera persona que me dice algo así, en realidad varias veces me han dicho que mi rostro les recuerda a algún amigo.

Sonrío para mis adentros, me doy cuenta de que un rostro puede sernos amable o desagradable por referencias o por nuestros recuerdos, que pueden no tener ninguna relación con la manera de ser de nuestro interlocutor.

Me di una buena lección, me digo. ¿Cuántas veces habré juzgado a alguien simpático o detestable porque me refiere a mis propias sombras?

Martes 10 de septiembre de 1996

Nerviosismo de lo inesperado. Los cambios se suceden por momentos, los eventos son difíciles de controlar y siempre se está a la expectativa.

La actual directora del centro es la licenciada Celina Ocegüera Parra. Su primera orden fue quitarnos la tienda en el área de visitas familiares, dejando sin alimentos a los visitantes de los internos, haciendo muy pesado el tiempo de la convivencia. El pretexto es que dejaban muy sucios los cubículos. Un golpe más que lleva como resultado golpear a los familiares, hacerles más amarga la visita carcelaria, alejarlos.

La gestión de Celina Ocegüera Parra se caracteriza en primer lugar por mejorar la decoración y limpieza para que el visitante tenga una buena impresión. En segundo lugar la consigna es la de aplastar a los internos y a sus familiares al máximo.

Me ubican en el locutorio número seis, uno de los más pequeños. Cuando abro la puerta, apenas puedo pasar y sentarme. Trato inútilmente de comunicarme, entra la desesperación y la realidad estalla.

Me hundo en la situación, busco un lenguaje que pueda transmitir el sentir y de pronto surge una nueva forma de enviar mensajes. Paulina no ha venido, me siento mal y no hay nada que hacer.

Me quedo con una profunda angustia. Me canso, me desespero, pero al final me reacomodo y continúo la lucha.

Martes 8 de octubre de 1996

Cabina ocho, locutorios. Compruebo una vez más que aquí no se cumple con la normatividad. La Constitución en su artículo 18 dice que procesados y sentenciados deben estar separados. Estoy en proceso y me encuentro rodeado de internos sentenciados y tratado como sentenciado. Estoy aquí como procesado y contra la Constitución. Aquí todos revueltos. La normatividad unilateralmente luce por su ausencia.

Miércoles 9 de octubre de 1996

Apenas hace unas semanas que me autorizaron tener televisión y ya la PGR me tiene aterrado con su

espectáculo televisivo. Desde ayer están anunciando un "descubrimiento" en El Encanto. Anuncian sin descanso:

"Cadáver encontrado en El Encanto, propiedad de Raul Salinas. Se presume es Manuel Muñoz Rocha."

Una fina espina se entierra en mi corazón, hasta dejarme inmóvil, siento cómo la sangre se me va y un zumbido en los oídos me aleja del entorno, como si quisiera escapar de esta cruda realidad. La mentira en boca de la autoridad es el más hiriente verdugillo.

Me doy cuenta de que ante la falta de credibilidad y argumentos convincentes de mi participación en el homicidio de José Francisco Ruiz Massieu, las autoridades recurren a lo inimaginable. Dos videntes acompañadas por una María Bernal que abusivamente (hasta el grado de lo grotesco, del ridículo) viste el uniforme de la corporación, guían a Chapa Bezanilla y a sesenta elementos de la Procuraduría General de la República hacia el lugar donde se encuentra el supuesto cadáver de Manuel Muñoz Rocha.

No concibo a esta pitonisa mexicana, "La Paca", como dirigente de una investigación trascendente o será que realmente era necesaria la intervención de una vidente que contacte la relación con el "más allá".

Mi inteligencia me hace rechazar esta incongruencia. Sufro por mi país, no entiendo los hechos, la actual política del gobierno rompe todas las reglas, hasta las del pudor.

Quiero ir más allá de mi razonamiento. Observo las imágenes una a una. La emoción me traiciona, hago un gran esfuerzo por mantenerme al margen, busco la objetividad, trato de ser un espectador que guarda la distancia desde su encierro.

Respiro profundamente con la intención de calmarme, vuelvo a observar las imágenes. Esta información me ahoga, me empieza a hundir en diversas conjeturas, intento encontrar el hilo conductor de todo esto, ya que nada tiene sentido para mí.

Aparece un individuo sosteniendo una charola que muestra un cráneo y unos restos humanos. La expresión del hombre vestido de negro es tran-

quila, su mirada perdida en la lejanía. En segundo plano, hacia arriba, observo a cinco individuos conversando.

El conjunto en sí es curioso, la indiferencia de los individuos me refleja como una puesta en escena, no la actitud efervescente de quien encuentra lo buscado.

Miro el cráneo, me parece extraño que éste tenga un corte en la parte frontal. La imagen es impactante, parece un anuncio de película de terror.

Percibo la intención de mover las emociones del espectador, de manipularlo.

Ahora un sujeto de espaldas y rostro de perfil sostiene una charola. En segundo plano se ve a un individuo vestido de negro, cabello descolorido, en cuclillas y manos unidas al frente. Desde su pedestal parece que controla la situación. Me impresiona su rostro sombrío y macabro. Yo diría: de buitre. Chapa Bezanilla, desde la altura del montículo, ve satisfecho el cráneo necropsiado y los restos humanos.

“El fin justifica los medios.” Me quieren inculpar a como dé lugar: ya no tienen ni el menor

pudor en su fabricación. El poder del fuerte aplasta todo.

En esos momentos la pantalla muestra el cráneo.

En la garganta se me atora algo. Volver a ver esa imagen va más allá de mis fuerzas. Los ojos se enrojecen y el llanto está a punto de surgir.

Estuve en el locutorio con mi hermano Sergio que se vino de la ciudad de México para acompañarme.

Me miró con una sonrisa helada que se quedó en mi alma, aumentando la angustia. Parecía que el tiempo se hubiera duplicado. El cansancio era el aroma que transpiraba. En su mirada largas sombras y tristeza profunda.

Mi voz se cuela por entre los orificios del vidrio del locutorio: el cadáver lo sembraron, no te preocupes. Es una más de las fabricaciones en mi contra.

Sergio respondía desde su miedo, anidado en su rincón de asombro: "Lo sé. Es obvio que este cadáver fue plantado. Basta ver las fotografías en los diarios. La escenografía perfecta y la producción mejor. Qué casualidad que se haya invitado a los medios antes de encontrar nada. Además lo in-

tolerable son las videntes y María Bernal con uniforme dirigiendo la maniobra. Esto es de risa. Para Ripley. Lo que realmente me preocupa es el hecho en sí, la falta de respeto a la institución y a la opinión pública, pero sobre todo te demuestran que no se detienen ante nada con tal de involucrarte y esto es lo peligroso”.

“Todo cae por su propio peso”, comento. Esto se tiene que resolver. Soy inocente y la verdad saldrá. Abandono los locutorios con amargura y con mucho frío. Me acuesto con el presentimiento de un futuro inmediato muy difícil, sé que después de este hallazgo se inicia una nueva etapa de esta guerra y con ella viene más desgaste emocional. Y más dolor para la familia.

Martes 15 de octubre de 1996

Se felicita a Chapa por su hallazgo. Es claro que “la fiscalía de las brujas” requería un golpe como este para cubrir el fracaso en el caso Colosio y poder mantener cierta capacidad para acusarme.

Resulta que fue a través de un supuesto anónimo enviado a “La Paca”, que la vidente pudo guiar al encuentro con el cadáver.

Me lleno de indignación. No puedo dar crédito a estas revelaciones.

Esta historia es verdaderamente siniestra, ¿cómo pudo a alguien ocurrírsele algo semejante? Se han realizado diversos cateos, molestando a Paulina y a mi familia. Esto está llegando a lo indecible. Tengo miedo de que cambien la osamenta, por eso he pedido que sea custodiada y ya mi familia contrató a un perito norteamericano para que analice los restos, un experto de apellido Maples. Su experiencia es reconocida ya que identificó los restos de Francisco Pizarro y los del zar Nicolás II.

Sábado 19 de octubre de 1996

Ahora resulta que Noé Hernández Neri, elemento del Estado Mayor Presidencial que trabajó conmigo en la casa de Reforma, ha cambiado de opinión sobre si contestó o no el teléfono a Manuel Muñoz Rocha, horas después del homicidio de José Francisco Ruiz Massieu. Y acusa a Paulina, mi esposa, a Ofelia Calvo, mi secretaria, y hasta a Roberto Hernández, mi abogado, de tratar de convencerlo de modificar sus declaraciones.

Todo esto es parte de la fabricación de la PGR. Desde los cuatro días de iniciado mi proceso penal, Noé ha estado cambiando su versión. Primero dijo que no recordaba si en esos días del asesinato de Ruiz Massieu se habían recibido llamadas de Muñoz Rocha en la caseta de la casa de Reforma, donde se encontraba trabajando, justo esa noche del asesinato. Sin embargo, al ver que la hora no correspondía a su horario de trabajo, vuelve a cambiar su declaración.

En septiembre de 1995, ante el Juez Tercero de Distrito, ratifica la declaración anterior y dice que no recibió ninguna llamada el día del asesinato de Pepe. En la declaración siguiente dice que cambió de opinión porque así le dijeron los de la fiscalía y él no hizo nada porque se sentía intimidado y muy presionado ya que lo amenazaron con que si no insistía en que sí se recibió la llamada, muy pronto me haría compañía.

Noé Hernández Neri, el acusador de Paulina, ahora forma parte de la escolta de Lozano Gracia.

¿Cómo confiar en nuestras instituciones? Qué miedo caer en manos de esta gente. En vez de pro-

curar llegar a la verdad, buscan la forma de enredarlo todo.

Noé primero dijo que no se acordaba de nada y de pronto recuerda que sí había recibido esas llamadas y después afirma que había inventado esa versión por presiones de la fiscalía y luego se arrepiente y ahora voltea la versión inculpando a Paulina, a Ofelia y a Roberto. Es una locura. ¿Quién les cree?

Viernes 1 de noviembre de 1996

Una mentira lleva a otras más.

Para el fiscal, inducir testigos es muy fácil, quien sustenta el poder todo lo puede. Así es como el mayor Antonio Chávez tampoco se escapa de morder el polvo al obligarlo a entrarle al juego. En sus primeras declaraciones en 1994 expresa que no sabía nada de Muñoz Rocha, pero el 14 de octubre de 1996 "de pronto" declara que yo le había pedido el 29 de septiembre de 1994 que lo siguiera a bordo de un Jetta blanco. Según esto, le pedí que no viera las placas y que se colocara unos calcetines en las manos para después abandonar el auto

cerca del Estado Mayor Presidencial. Supuestamente éste era el carro en que Muñoz Rocha había llegado a mi casa. Y ésta es la puesta en escena, el acto final de la comedia, ante las dudas y tardanza de los peritos para determinar la correspondencia de los restos de El Encanto. Aparece Antonio Chávez como salida a todo esto, y el enredo va en aumento, ya que por un lado niega haber presenciado el presunto homicidio, como dice en el anónimo el testigo protegido, y por otro dice haber manejado el coche de Manuel Muñoz.

En el locutorio me da ánimos mi cuñado Luis Yáñez. Luis se quedó hasta las cuatro de la tarde.

Sábado 2 de noviembre de 1996

Las declaraciones de Chávez son difíciles de creer, cae en muchas contradicciones, sin embargo el juez ya las aceptó como nuevas pruebas en mi contra. Esta fabricación ya es el colmo, a Chávez lo han de haber sometido a grandes presiones, incluso físicas, para que cambiara su primera declaración, además de que él mismo se metió a la cárcel por encubrimiento. Esto es inverosímil.

La fiscalía invierte la metodología de cualquier investigación. Lo primero que se debe hacer para llegar a un hallazgo en tu hipótesis es investigar, conseguir pruebas y después determinar las causas. No que aquí primero se me acusa, se ponen las pruebas y éstas quedan sin resolver.

Recibo cartas de personas de varias partes del país en las que me dicen que creen en mi inocencia. Que me apoyan. Me envían oraciones. Lo agradezco tanto.

La depresión, la angustia y la expectativa en relación al cadáver de El Encanto son irremediables. Lo tenemos que enfrentar con todo lo que implica.

Miércoles 20 de noviembre de 1996

Es muy claro que los trabajos que Chapa Bezani-lla ha realizado en este caso, como en el caso Colosio, han estado plagados de graves irregularidades. Pistas falsas, testigos contradictorios, declaraciones con abundancia de exhibicionismos frente a los medios de información. El sensacionalismo es lo que ha marcado este evento. Sé que Chapa tiene las manos frías y helada el alma. Es claro que tiene todo

el apoyo del presidente, de otra manera no podrían hacer lo que hacen y tan descaradamente.

Lo único que está claro es que necesito defenderme desesperadamente.

Un oficial me dice que hubo un muerto en el penal. No aguantó tanta presión. Nadie la soporta.

Martes 26 de noviembre de 1996

Osamenta, videntes, amantes, fiscales. Una historia de terror que sale completamente de mi comprensión.

María Bernal, me dije, fue en mi vida un pasaje sin importancia aparente, pero ahora me doy cuenta de la responsabilidad que se tiene con cada individuo que tratas. Siempre llevamos un "síndrome del protector", ¿no? No pensé en las fantasías que despertaba en María.

Me confié. María fue tan astuta. Cómo trataba a Paulina. Con tal respeto que nunca imaginé lo que traía adentro.

De la María atenta y servil a la María agresiva y altanera, asociada con Chapa Bezanilla y la osamenta de El Encanto, hay un abismo.

Para mí, en María Bernal, de hecho y emocionalmente, hay dos personas totalmente distintas. Una es aquella mujer alegre que traté en 1992 y por la que sentí afecto, y otra este personaje construido y a mi juicio manipulado y finalmente destruido por la fiscalía.

Viernes 29 de noviembre de 1996

Cada palabra que escribo es testimonio de un hecho significativo para mí. Hoy en juzgados viví una experiencia curiosa. El ambiente se siente denso, pesado. De pronto sucede algo que está más allá del contexto. Observo a la señorita de Hacienda con una minifalda muy provocativa y unas piernas de concurso. Miro a los ojos del custodio, quien tiene la cara pegada a las rejas para poder observar lo indicado. En medio de una dificultad todavía somos capaces de encontrar algo de complicidad y buen humor que nos saque del abismo. Una ligera sonrisa cruza la sala de audiencia. La señorita, quizá confundida, apenada o molesta, se retiró en cuanto pudo.

Viernes 6 de diciembre de 1996

En locutorios, pasamos por una situación fuera de lo común, el sistema eléctrico tuvo una falla y estuvimos a oscuras. Por unos momentos fue algo maravilloso, como un regalo de Navidad. Todo el tiempo lo he pasado sometido a la luz, al foco inclemente que no me ha dado un minuto de descanso.

Un remanso en el corazón y un descanso para mis ojos y mi piel.

Miércoles 11 de diciembre de 1996

Acabo de comer, lo hago de pie, recargado en el muro de la regadera, junto al escusado. Cumplo con una simple necesidad para sobrevivir. Por la lejanía del área de máxima seguridad, la comida llega siempre helada, nadando en grasa, y las tortillas frías, casi todo tan frío como el lugar.

Siento entumecidos los pies, se acerca la Navidad. Como todos los días, como es obligado, me pongo la chamarra beige, subida hasta la barbilla, las manos metidas en el bolsillo y mi inseparable cachucha. Estoy muy desanimado y cansado.

Me siento muy deprimido y sobre todo desilusionado de ver la injusticia que se está cometiendo.

Día a día sufro todo tipo de arbitrariedades, faltas de respeto hacia mi persona. Legalmente vivo irregularidades constantes, como la de no poder defenderme por mí mismo. No me trasladan a las audiencias, que generalmente son en el Distrito Federal, y esto es un derecho constitucional. Insisto en que mi juicio debe ser público y que cualquier interesado pueda ver el expediente. Todo a lo que tengo derecho lo niegan las autoridades.

Soy el primer interesado en que todos sepan cómo va mi caso y se den cuenta de las irregularidades que existen. Ofrezco el expediente a quien lo quiera conocer.

La verdad es que muy poca gente se ha ocupado de informarse a fondo, incluso me da la impresión de que lo del homicidio, que es por lo que estoy aquí, se ha olvidado.

El Estado no se ocupa, porque no le importa en lo más mínimo investigar quién realmente mató a Pepe Ruiz Massieu.

¿Quién se benefició de todo esto?

El obstáculo mayor es el no poder defenderme. La mayoría de las audiencias se han hecho sin mi presencia. No puedo reunirme con mis abogados a planear mi estrategia de defensa.

Me reúno pero sin documentos de trabajo, no nos permiten ni la Constitución ni un Código de Procedimientos Penales, lo que discutimos tiene que ser uno a uno ya que no podemos reunirnos en equipo y tampoco los dejan entrar con lápiz ni papel, lo que significa que todo se lo dejamos a la memoria.

Recordar más de ochenta mil hojas de expediente es imposible.

Estoy desesperado, no veo salida, cada vez encuentro más trabas. Lo bueno es que dentro de la acusación del homicidio no hay una sola prueba en contra, ya que todo son inferencias, suposiciones e invenciones.

Lo que sí hay comprobado son los pagos a testigos, las falsedades y las contradicciones en las que ha incurrido la propia PGR.

Las hijas de Pepe, mis sobrinas, me han defendido, incluso Marcela y Arturo Ruiz Massieu, sus

hermanos, han declarado positivamente para mí. ¿Qué más quieren?

Anoche no pude dormir, un reo segregado se quejó toda la noche, gritaba que lo soltaran, que tenía frío, no paró de chillar. Me dio miedo que se suicidara como el otro día que un interno castigado se quitó la vida con la camisa de fuerza.

Martes 24 de diciembre de 1996

Dicen que afuera esta noche es Nochebuena y mañana Navidad.

Martes 31 de diciembre de 1996

El presidente Zedillo cesa a Lozano Gracia como procurador general de la república y consecuentemente se va Chapa Bezanilla, "el fiscal del más allá".

Ahora el licenciado Madrazo Cuéllar se encargará de la procuraduría.

Los medios de información se callan. Lozano Gracia desaparece y Chapa huye. No pasa nada.

Continúa la pesadilla.

Las vacaciones de los juzgados, la lentitud del peritaje de la osamenta, la situación política y burocrática que todo lo atrasa y enreda.

Decir adiós a un año tan conflictivo es un alivio.

Miércoles 1 de enero de 1997

La tarde vence a la luz y da inicio a la oscuridad del cielo, no obstante que son las cuatro y media.

El frío y el viento lo cubren todo. A lo lejos se escuchan disparos, quizá de la escuela de policía o del campo de práctica del CEFERESO. Las detonaciones se hacen más seguidas, empatándose con los latidos de mi corazón y así con un ligero temblor y una emoción que corre por todo mi cuerpo.

Estoy fastidiado, aburrido.

La chamarra acostumbrada hasta las orejas y las manos metidas en las mangas.

Martes 7 de enero de 1997

Estoy inquieto, mi sensibilidad se encuentra a flor de piel y mis sueños de amor no resisten juicio. El temor de perder a Paulina me hace sufrir.

Ya son dos semanas sin Paulina, diez minutos de llamada telefónica diaria son muy pocos. Siempre se desea más tiempo. Quedan en el aire mil “te quiero”, muchos besos y por último “Te necesito. No te vayas nunca”.

Domingo 12 de enero de 1997

Se aclara definitivamente la mentira de la osamenta, el complot de la fiscalía especial. Se afirma oficialmente que el cadáver no es de Muñoz Rocha y se “presume” que fue sembrado. Vaya eufemismo para explicar la opereta de la osamenta de Chapa. ¡Cómo es posible que a mí no me “presuman” inocente como la ley lo establece!

Martes 14 de enero de 1997

Visita de los abogados suizos. Me he preparado mucho para esta entrevista. De todos los procesos en mi contra tengo pleno conocimiento, conozco hasta los últimos detalles.

Paulina, por su lado, enfrenta a las autoridades. Le dictan auto de formal prisión, pero permanece

en libertad durante el proceso. Esta noche se presentó en Televisión Azteca, en el noticiero *Hechos*. Se ve su lastimada condición física y emocional. Describe con detalle lo que tiene que vivir en Almoloya para pasar a verme. Se queja amargamente de las condiciones de vida en que me tienen y desafiante proclama mi inocencia. Me quedo tan emocionado como abatido.

Miércoles 15 de enero de 1997

Me doy cuenta del sufrimiento que vive mi esposa. Verla narrar lo que padece para llegar a mí, me duele mucho. Cuando me han contado lo penoso y complicado que es tener acceso aquí, no alcanzo a comprenderlo realmente. Ver cómo lo vive Paulina me impactó de tal manera que no pude dormir.

En el locutorio hablo con Martha Maciel: todo esto es tan penoso. "Mi familia ha sufrido tanto, Martha, que lo único que puedo darles es mi amor, mi comprensión; ¿cómo corresponder a esta entrega?"

Jueves 23 de enero de 1997

Me dicen mis abogados que ayer miércoles Joaquín López-Dóriga denunció en su columna de *El Herald* que Antonio Lozano Gracia había realizado pagos ilícitos a testigos para la fabricación de testimonios y supuestas pruebas. Menciona que la hija de Fernando Rodríguez González, convicto por participación en el asesinato de José Francisco Ruiz Massieu, condenado a cincuenta años de cárcel y principal testigo acusador de oídas, recibió medio millón de dólares a nombre de su padre para que éste cambiara su testimonio en mi contra. El periodista explica cómo Gabriela Rodríguez, la hija, hizo una serie de movimientos bancarios para que a través de María Dolores Robles Lara, novia de aquel, cambiara de Banca Serfin a Bancomer una cuenta a nombre a Fernando Rodríguez González por un millón trescientos mil pesos.

Todo un movimiento de soborno y lavado de dinero realizado en las oficinas de la misma Procuraduría General de la República, y por órdenes del propio presidente Zedillo.

También escribe que el 7 de octubre de 1996, dos días antes del “descubrimiento” de la osamenta en El Encanto, la PGR, a través de la Dirección de Control de Bienes Asegurados, entregó un cheque por un millón de pesos a Francisca Zetina, alias “La Paca”, para que se prestara a localizar los restos del presunto Manuel Muñoz.

Mi abogado, Eduardo Luengo, va a denunciar los hechos y pedir que se investigue... ¡ante la misma Procuraduría General de la República!

Los mexicanos estamos perdidos: una parte importante de los delitos se generan en la PGR, y sólo se nos da como defensa ante estos atropellos denunciarlos ante la misma PGR, donde se protegerán entre ellos. Por eso se saben impunes.

Miércoles 5 de febrero de 1997

Esto ha sido muy desgastante, muy pesado. Cuando veo que se abre un camino y empieza la luz, la PGR no tarda en tapanlo. ¿Qué más puedo hacer?

Ayer me cambiaron de estancia.

Ahora estoy en COC. Hay un patio más grande. Ahora tengo una estancia más reducida. Estoy muy amontonado. Los ruidos, por eso mismo, son más cercanos. Los radios de los custodios, intolerables. Apenas duermo. La noche es larga, las horas interminables. Mi cuerpo se entumece. Cierro los ojos y una luz me invade por dentro. Así los días pasan, siendo una forma de morir en vida. Mi tiempo es irrecuperable y vivir en este encierro me deprime mucho.

Sé en cambio que Fernando Rodríguez González, uno de los principales acusados del homicidio de Pepe, está en un penal de mediana seguridad, ocupando tres celdas. Tiene todo tipo de privilegios e incluso maneja un negocio de mueblería. No me cabe duda, la procuraduría lo protege.

Viernes 7 de febrero de 1997

Llego al juzgado número tres. Es un salón de tamaño mediano. En la parte posterior están colocados pupitres como los de cualquier escuela. Al fondo me encuentro tras la rejilla de acusados, al lado derecho el juez y la parte acusadora, en este caso la PGR.

A mi abogado no le permiten entrar con pluma ni papel y tengo que aprenderme de memoria los datos de la notificación.

Me regresan a mi encierro.

Domingo 9 de febrero de 1997

No dejo de manifestar mi asombro al constatar que funcionarios importantes de la procuraduría, como Chapa Bezanilla y Cortés Osorio, son en realidad delincuentes. Todo esto me abate moralmente de manera profunda. A lo largo de su carrera policiaca han estado acostumbrados a conducirse con una cultura delictuosa. La policía en México es el mayor cártel organizado para cometer delitos contra los ciudadanos. Chapa y Cortés son delincuentes con credencial.

Debo reconocer que a pesar de tantos años en la política y el servicio público, nunca me había asomado, no había visto de cerca la cloaca que es la procuraduría.

Debe haber gente buena, no lo dudo, pero hoy me queda totalmente claro que si el gobierno tiene un instrumento para el trabajo sucio, ese es la PGR.

Pienso a cuántos mexicanos se les ha hecho pasar por esta espantosa experiencia de la injusticia. Imagínate, me siento mal.

A Cortés Osorio le dictaron ayer auto de formal prisión por haber participado en la siembra de la osamenta de El Encanto.

Sin embargo no veo una verdadera intención de hacer justicia. Yo no he salido de la cárcel a pesar de estar probado que se fabricó la acusación en mi contra y vamos a ver si estas personas realmente son procesadas y sentenciadas por los delitos que han cometido.

Martes 18 de febrero de 1997

¿Y Derechos Humanos? Se interesan por un tiempo y después se vuelve a lo mismo.

Domingo 2 de marzo de 1997

Empiezo a sentir el peso de lo ocurrido con la osamenta, los meses anteriores vivía la lucha defendiéndome, ahora en la distancia queda el darse cuenta de la fabricación de todo este asunto, el uso

de fondos públicos para pagar a supuestos informantes como Fernando Rodríguez, "La Paca", su hermana, a María Bernal.

No he dormido, ya es hora de comer.

Miércoles 23 de abril de 1997

Retomo mi diario, hace más de un mes que no escribo nada, quizá unas cuantas notas aisladas. Todo orden se va rompiendo por momentos y reiniciar la costumbre de la escritura cuesta un esfuerzo adicional.

Domingo 27 de abril de 1997

"LAS CASUALIDADES SON MILAGROS QUE DIOS NO FIRMA."

Ayer escuché esta frase en la televisión. Me parece importante darme cuenta de que todo tiene una razón de ser.

El día que tuve el careo con Fernando Rodríguez, al ver su actitud y agresividad me percaté de que este señor es parte de esta enseñanza que me da la vida.

Cuando lo vi con esa prepotencia, gritando y acusándome con esa manera tan vehemente y poco respetuosa, tratándome de tú, en forma soez, marcar las distancias me pareció lo prudente.

Seguí con una conducta coherente y digna, lo traté con respeto como cualquier individuo merece, lo que hizo que se confundiera y que ese envalentarse decayera para así entrar en contradicciones.

Es enfrentarte a lo falso, al engaño, a la mentira. Ahí está el entendimiento, la lección que debo aprender. Después del careo, estos días han sido agotadores.

Lo más impresionante de la audiencia fueron tres cosas: la primera, la declaración de Fernando Rodríguez, quien dijo textualmente que cuando Chapa Bezanilla lo entrevistó la primera vez, le dijo: "Nosotros sabemos que el autor intelectual del homicidio de Ruiz Massieu fue Raul Salinas, sólo necesitamos quién lo diga".

Quedó evidenciado que la procuraduría, antes de contar con ninguna prueba, ya había tomado la decisión de hacerme culpable. Sólo buscaban un delincuente que se prestara a su fabricación.

La segunda fue el descaró de Fernando Rodríguez, cuando el juez le preguntó si había recibido quinientos mil dólares como pago de la PGR por cambiar sus declaraciones. Su contestación fue que sólo había recibido el dinero que se había ganado.

Por último y espeluznante fue observar en la audiencia cómo el subprocurador José Luis Ramos Rivera amenazó a gritos al juez Ricardo Ojeda Bohórquez por permitirme interrogar durante el careo al testigo que me acusaba.

El subprocurador, fuera de sí, interrumpió la audiencia en que iba quedando exhibido que Chapa Bezanilla había fabricado la acusación en mi contra y nuevamente amenazó al juez, ahora indicándole que lo llevaría al Consejo de la Judicatura por no obedecerlo.

El juez, aterrado, se fue haciendo chiquito y a partir de ese momento no volvió a ser más un juez independiente y se entregó totalmente a los caprichos de la PGR. Todo esto quedó en actas, para siempre.

Viernes 30 de mayo de 1997

Leo muchísimo aparte del expediente. Diariamente dedico tiempo a la Biblia, libros históricos, novelas, filosofía y psicología humanista. Además contesto las cartas que me envían; incluso me sorprendió recibir la fotografía de una admiradora.

También escribo. Deseo dejar testimonio de lo vivido.

No pude dormir. En la noche escuché en las noticias de la televisión nuevas acusaciones. Lo del caso CONASUPO y el lavado de dinero.

Me impresiona la imagen que me han creado. Esto me deprime mucho.

Domingo 8 de junio de 1997

Paulina viene a verme, nos encontramos en el locutorio trece, está muy nerviosa, tiene miedo ya que ha recibido amenazas de secuestro.

Sábado 14 de junio de 1997

En 1995 estaba en California con mis hijos y mi mujer cuando Juan Velázquez me llama y me pide

que regrese a México para rendir mi declaración en el caso Colosio y en el caso Ruiz Massieu. Yo acepté porque no tenía nada que temer y, sobre todo, por apoyar a mis sobrinas. Se acordó que el encuentro con las autoridades se hiciera en casa de Adriana, mi hermana, ahí me detuvieron. Y ahora ya son años de vivir todo esto.

Domingo 15 de junio de 1997

Me preocupa mi papá, últimamente no ha estado bien, además de que en el teléfono lo oigo muy decaído.

En la semana le escribí una carta. Le digo que aunque el "Día del Padre" es un día comercial, lo aprovecho como pretexto para decirle lo importante que es para mí. Le menciono que es un buen padre, con las cualidades y defectos de todos. Que lo quiero mucho y lo orgulloso que siempre he estado de él.

Mi padre ha sido para mí no sólo un ejemplo de fuerza y voluntad, sino el verdadero formador de mi carácter luchador.

Martes 17 de junio de 1997

En la sala I se inicia una notificación. La PGR presenta una acusación en relación al enriquecimiento, se refieren a unas cuentas de Bital que no existen. Curiosamente ellos mismos presentan un escrito del banco en donde certifica que yo no he tenido cuentas en esa institución. Parece una broma de mal gusto.

El juez sugiere a la procuraduría ser más cuidadosa en sus acusaciones y pide que tengan más base y sustento. Que lo vuelvan a intentar de otra manera.

No doy crédito a estas situaciones. Pero suceden sin descanso, y lo peor es que estoy convencido de que no soy el único mexicano al que le ocurre, sino a un gran número. ¿A miles, a millones?

Miércoles 18 de junio de 1997

Mi hermana, muy preocupada, me dice que después del cateo que hicieron en la casa del papá de sus hijas, Paulina se siente muy agotada, dice que ya no puede más y prefiere retirarse.

Un golpe muy duro.

Viernes 20 de junio de 1997

Mi propia voz la escucho extraña, ausente. Una llama enlutada que a fuerza de sufrir se queda muda.

La entiendo. Le voy a dar el divorcio.

Viernes 27 de junio de 1997

Camino por el pasillo cubierto con mi chamarra enorme y mi cachucha agujerada. Las manos en los bolsillos.

Me es imposible aceptar la situación con Paulina. La quiero tanto que me cuesta mucho hacerme a la idea de perderla.

Cuando inicié la vida junto a ella, pensé que era lo definitivo. Hicimos planes, la vida en común e involucramos a las familias.

Me duele y mucho.

Paulina y su familia han vivido cosas terribles; tengo que dejarla libre para que descanse; para que encuentre un poco de paz.

Martes 15 de julio de 1997

La tristeza me invade, cada evento lo veo con una tonalidad grisácea, sombría. Sin embargo poco a poco viene la calma, quizá con la esperanza de una reconquista. A fin de cuentas el amor entre Paulina y yo sigue intacto, los sucesos lo han afectado pero no lo suficiente como para acabarlo. Mientras tanto continúo en pie de lucha.

Ayer Fernando Rodríguez debió presentarse a un careo en el CEFERESO; no lo hizo y el juez se molestó. También ayer me exoneraron del delito de lavado de dinero y con esto se inicia el ascenso de ánimo.

Lunes 4 de agosto de 1997

Me comunico con Paulina después de unos días ensombrecidos con su ausencia, se renueva el sentimiento, afloran los "te quiero" y se vuelve a la relación y con ella se siembra la alegría y el amor lo envuelve todo.

Martes 12 de agosto de 1997

Como buscador incansable, como un luchador permanente, descubro mi inquietud por la pintura y sus posibilidades. Un camino que me dé un remanso en las aguas turbulentas que vivo.

Hoy pinté mi primer cuadro, lo inspiró Paulina. La plasmo en medio de la selva africana, siguiendo una foto tomada en Tanzania en nuestra luna de miel. Enseguida me dedicaré a pintarme con mis hijos. Voy a hacer un retrato con mi mamá. No sé pintar, pero manchar los lienzos de formas y colores me da vida.

Viernes 17 de octubre de 1997

Yo aquí saludo a todo ser que me encuentre. No deseo involucrarme con ningún pensamiento en contra de nadie por lo que hizo o dejó de hacer. No es mi problema.

Tengo un derrame en el ojo derecho. Otra vez la presión. Ayer en la noche me sentí mal, me subió demasiado. El médico me estuvo atendiendo hasta que se regularizó. Yo creo que es por tanta mortifi-

ficación, además del medicamento tan fuerte que me dieron para las amibas.

Lunes 27 de octubre de 1997

Sigue lloviendo. El frío es cada vez más intenso. La lluvia no para y el viento sopla furioso contra la nada, como subrayando la manera en que en este penal se acomete contra cualquiera en afán de hacerlo sufrir.

Me tienen segregado, esto significa la soledad; no hay tratos con nadie. Es la ausencia absoluta, la intimidación total.

Lo que más duele es la imposibilidad de la defensa; no hay palabras que convenzan, no hay súplicas que se escuchen.

Me tocó el locutorio veintidós — uno de los más pequeños e incómodos. Al entrar, de frente en el locutorio trece, vi a otro interno, decaído, cansado. Pensé en lo difícil de nuestra situación.

Me dediqué a limpiar el vidrio y con esto la imagen se aclaró, dando paso a la realidad.

Mi hija me mira amorosamente a través del cristal. Es lo más amoroso que existe en la tierra.

Me quedo en silencio mirándola lo más dulcemente posible. Ya no aguanto. Siento que todo esto se me cae encima. Desde que llegué padezco del estómago, de acidez, de diarrea. Ya estoy muy cansado. Pero sólo le sonrío en silencio.

Al paso de un par de minutos, le pregunto por su escuela.

La escucho en silencio, tratando de sonreír.

Miércoles 12 de noviembre de 1997

Al entrar al juzgado, me indican que la notificación es justo la del auto del 24 de octubre, digo que apelo y que en ese momento deseo hablar con mi abogado, las autoridades del CEFERESO me amonestan. Dicen que no puedo tener comunicación y lo retiran. Me inconformo. De todos modos lo sacan, por segunda ocasión.

Domingo 16 de noviembre de 1997

Son las 11:30 de la mañana, llego lo más rápidamente posible a la visita familiar. Mi hijo pone su

mejor cara. Está bien peinado y muy cariñoso. Se turna con Mariana para recostarse en mi regazo. Les acaricio el pelo largo rato. A las tres horas un custodio los saca y me ordena esperar a que vengan por mí.

Viernes 21 de noviembre de 1997

Estoy sufriendo de un catarro muy fuerte, tengo un tapón en la fosa nasal izquierda. He tenido hemorragia.

Martes 25 de noviembre de 1997

Continúo enfermo. Estoy muy ofendido: a las seis de la mañana me sacaron al pasillo helado para revisar mi estancia: sólo queda el frío hasta los huesos y el desorden de mis pocas pertenencias.

Viernes 28 de noviembre de 1997

La relación con Paulina se solidifica.

Ayer en la visita familiar hubo un reencuentro maravilloso. Estuvieron mis hijos y Paulina muy cariñosos. El amor mueve hacia la vida.

Martes 2 de diciembre de 1997

He estado pintando volcanes, flores y macetas, y un bodegón para Liru, mi hermana, por su cumpleaños.

Miércoles 3 de diciembre de 1997

Con la mirada triste, inicia el mes de diciembre. Me siento deprimido y enfermo del estómago y la congestión bronquial más fuerte que en días anteriores.

Martes 30 de diciembre de 1997

La directora me castiga impidiéndome ver a mi familia en estas fechas. Me acusa de haber encontrado noventa pastillas de Valium escondidas ¡en la reja de la celda! Les pregunto de dónde salieron y la incongruencia de este hecho simplemente por las revisiones anteriores.

En medio de un cateo realizado en mi estancia, un custodio sacó como por arte de magia un envoltorio que contenía noventa y dos pedazos de Valium. Me imputaron posesión de tóxicos y me

aplicaron una corrección disciplinaria: permanecer incomunicado.

Para quien conoce físicamente la celda, su distribución y tamaño, la vigilancia constante a la que en especial estoy sometido, no sólo por la presencia de un oficial frente a mi reja, sino también por la vigilancia de un ojo abierto las veinticuatro horas que filma cada instante de mi existir, además de las rigurosas revisiones tanto en mi persona como a la estancia, hacen imposible la aparición de tal cantidad de calmantes.

De nada vale, me impiden ver a mi familia durante los días de fin de año. Estoy más aislado que nunca.

Viernes 16 de enero de 1998

Me he habituado al color del uniforme, a la chamarra y a la cachucha, el pantalón parece nuevo, ya no se me ve "brinca charcos". El pantalón es el mismo, sólo que me quedaba tan corto que con gran esfuerzo me las ingenié para desbaratarle el dobladillo. Fue una verdadera proeza. Con paciencia

jalé el hilo poco a poco, lo descosí y después con el vapor de la cafetera lo fui planchando.

No me voy a dejar vencer. Pase lo que pase, siempre estaré en pie.

Martes 27 de enero de 1998

La pintura empieza a apoderarse de mí. Pinto durante todo el día y parte de la noche. ¡De algo me había de beneficiar el que no apaguen nunca la luz en mi celda! Luces, sombras y colores son percibidos y comparados.

Pinto sin descanso, con mucha limitación ya que el material permitido es mínimo. He tenido que ingeniármelas para lograr colores a base de combinarlos, he buscado recursos para suplir la falta de pinceles: servilletas de papel enrolladas y finalmente mis propios dedos. No me son permitidos los solventes ni el aguarrás. Utilizo una sustancia que me proporcionan en el penal. Una vez a la semana recibo clases de pintura.

Más cuadros, me encuentro con mayor colorido, más soltura en el trazo.

Lunes 2 de marzo de 1998

Por fuera de los locutorios pasa un grupo de extraños: una guía les enseña el lugar. Es la directora del centro. Al pasar ella frente a mí le doy las gracias por permitirme la entrada de mis lienzos para pintar y mis tenis. Me dice que siga trabajando y se despide.

Ayer mientras leía en mi estancia empecé a oír ruido, pasos que se acercaban y voces desconocidas. De pronto veo entre las rejas la cara de Julio Scherer que me era muy familiar. Julio había ido en varias ocasiones a mi casa, yo a su oficina y habíamos comido juntos en algunos restaurantes.

La celda es muy estrecha, tiene escasamente tres metros de largo y menos de metro y medio de ancho. Cuando me paro en el centro y extendiendo los brazos, toco las paredes que me aprisionan. Es un sarcófago de concreto.

Como dentro de la estancia no cabe siquiera una silla, Julio Scherer y yo nos sentamos en la banca de cemento que hace las veces de cama. Julio hijo quedó de pie junto al escusado. No pude evitar reclamarle la ínfima calidad periodística de su libro

Salinas y su imperio de muy reciente publicación. Dos cosas le reclamé a Julio. En primer lugar la ofensa personal a mi padre. Unos meses antes de la publicación de su libro, Julio Scherer había buscado a mi papá, quien salvo algunas declaraciones esporádicas, había decidido no dar entrevistas a la prensa. Julio fue a su casa y se introdujo al amparo de la amistad y adujo una plática personal.

Le dije que como hombre este ataque artero contra mi padre no se lo perdonaba. Sentado junto a mi camastro Julio Scherer se echó para atrás y balbuceó "Perdóname, Raul".

Lo segundo que le reclamé fue estrictamente como periodista. A lo largo de los años, Julio Scherer se había presentado como defensor y representante del verdadero periodismo. El que sustenta sus afirmaciones públicas con pruebas, con hechos duros, existentes, no con especulaciones. En cambio, en su libro *Salinas y su imperio* Julio Scherer dedicaba muchas páginas a especular sobre mi supuesta conducta ilícita en CONASUPO. Pero los documentos anexados por Julio Scherer prueban claramente lo que es una verdad incuestionable: que

nunca participé en las tareas de importación de leche o de granos.

Para rematar mi reclamo, me dirigí a Julio hijo. Le pregunté directamente: "Julio, tú y yo trabajamos prácticamente juntos seis años cuando yo estuve en DICONSA y tú en otra paraestatal que nos surtía sus productos. ¿Supiste tú alguna vez de una operación ilegal?" Y él me contestó: "No, Raul. Nunca supe de nada ilegal".

Para terminar nuestra conversación Julio me dijo que ésta no era una entrevista sino una plática de amigos pero que como periodista me solicitaba formalmente una entrevista para hablar de las razones de mi encarcelamiento y de cómo era mi vida en prisión, pues estos temas no los tocamos en esta ocasión realmente.

Le respondí que con todo gusto le daba una entrevista y que lo único que yo le pedía era que estuviera mi abogado presente con una grabadora para que en el futuro tanto él como yo, en caso de ser necesario, contáramos con una evidencia grabada.

Prometió hacerlo. Veremos si vuelve. Por lo pronto yo le mandé a la directora de la cárcel una

carta diciéndole que estoy totalmente de acuerdo con tener una entrevista formal con Julio Scherer y le pido autorización para introducir una grabadora y la presencia de mi abogado.

No he tenido oportunidad de expresarme ante la opinión pública, no me han dejado contar mi versión de los hechos y esta me parece una magnífica oportunidad. Ojalá regrese.

Lunes 29 de junio de 1998

El mundo en el que crecí no fue de limitación ni frustración, se me educó entendiendo que las tristezas y alegrías que experimentaba eran responsabilidad mía. Bastaba con luchar y reclamar lo considerado justo para que se abrieran los caminos; ahora verme imposibilitado para actuar me causa una sensación nueva: la impotencia.

Sábado 22 de agosto de 1998

Mis abogados están abatidos: contra el Estado no se puede, me dicen. Conviene a la clase dominante

que sea el villano favorito “el intocable y poderoso hermano incómodo”.

Me dicen que el último año, frente a 118 artículos publicados en primera plana de los cinco principales diarios, sólo se publicaron dos réplicas directas de mi parte y doce de la defensa en interiores, lo que en ningún caso supone igualdad y menos derecho a la información.

El encierro de hoy ha sido intolerable. Son las ocho de la noche.

Me pongo a cantar y con ello viene la relajación.

Domingo 23 de agosto de 1998

Hoy detuvieron a Salvador Giordano. Es una persecución feroz. Salvador es una gente de bien, ha trabajado toda su vida con respeto a las normas. Lo que le imputan es una burda e ilegal fabricación. Estoy seguro de que con el tiempo todo esto se aclarará y quedará en evidencia que Salvador siempre fue un buen funcionario. Su familia es excepcionalmente bella, su esposa, sus hijos y su madre en

primer lugar tienen todos un alma cristalina. Su hijo mayor, Alejandro, es mi muy querido ahijado.

Lunes 24 de agosto de 1998

Hoy es mi cumpleaños. Los cincuenta y dos años no se piensan festejando en la cárcel.

Un bello recuerdo es mi regalo. Tengo once años, estoy vestido de vaquero. Es la casa de la calle de Palenque, la identifico bien. Mis papás me cantan "Las Mañanitas". Yo apago las velas de mi pastel. Estoy rodeado por mis hermanos, mi hermana Liru junto a mí y también veo a algunos amigos de la primaria. Recuerdo sus rostros risueños. En un momento vinieron varios otros cumpleaños a mi mente, al menos me gustaría evocarlos en voz alta. Cuando cumplí quince años aprendí a bailar con Lucero Gómez y Susana Fritz. Hace poco recibí una carta de Susana Fritz. Fue muy cálida. Cerré los ojos y volví a girar con la mejor bailarina de rock de todos los tiempos. Cumplí dieciocho años en Florencia, Italia. Mi hermano Carlos, Guillermo Espinosa y yo dormíamos en nuestros respectivos *sleeping bags*, en un *camping* a los pies de la plaza

Michelangelo. Ese día, estábamos sentados en el pasto con una maleta entre nosotros a manera de mesa y festejaron mi cumpleaños regalándome un rico vaso de leche y una rebanada de pastel de moka que estaba delicioso. Saboreé mi pastel contemplando a los pies de la colina donde estábamos sentados el río Arno, a la vista el Puente Viejo y un poco más allá la cúpula que enseñó a los renacentistas los milagros arquitectónicos de la vieja Roma. Con lo aprendido de esa cúpula se pudo construir la cúpula de San Pedro. Los cálculos arquitectónicos de esas estructuras guardan los secretos que los iniciados transmitieron durante mil años.

Siempre me han encantado los animales. Cuando cumplí diez años y me iniciaba en la charrería, mis papás me regalaron una yegua que se llamaba "Golondrina Presumida", con ella aprendí las suertes charras: lazar a caballo, colear, calar y hacer el paso de la muerte. Mi maestro fue Rafael Ramos, papá de mis amigos los Ramos, de Mariano Ramos, el torero charro. Cuando cumplí veintiún años mis papás me regalaron un cachorro de león africano. En nuestro cuarto dormíamos Carlos y yo, el perro y *Leonardo*.

Recuerdo otros cumpleaños con mis colaboradores y compañeros de trabajo, como cuando dirigía el programa de caminos de mano de obra, aprendí que los camineros son buenos para trabajar y para la fiesta. Tuve cumpleaños muy divertidos con ellos y también con mis compañeros cuando estuve en CONASUPO. La gente de DICONSA me invitaba a celebrar mi cumpleaños en algunos ejidos que abastecía el programa rural y también en algunas colonias populares.

Recuerdo también un cumpleaños en que mis hijos me regalaron un casete donde habían grabado con sus vocecitas mis poemas.

Paulina me ha dado también junto con sus hijas cumpleaños muy amorosos.

Momentos felices, si cierro los ojos.

Lunes 2 de noviembre de 1998

En el locutorio dejó a mi amigo y terapeuta, Nacho Moreno, casi con la palabra en la boca. Necesito irme a mi estancia ya que si no estoy a la hora que pasan la comida, no como. Se la llevan y luego me da mucha hambre y me siento mal.

El frío cada vez se siente más fuerte.

Terminé de escribir a mano las conclusiones de inocencia en el proceso por homicidio. Escribí 435 hojas, en resumen de 150 mil existentes. Y al finalizar éstas, hice varias cartas. Una para mi hermana, otra a Paulina y otras a mis hijos. Espero que algún familiar las recoja en oficialía de partes y lleguen a su destino, lo que siempre es incierto.

No me han entregado los blocks de papel para escribir que solicité. El miércoles pasado pedí seis y sólo me entregaron uno. Después de mucho insistir me dieron dos más y tuve que terminar las conclusiones escribiendo en la parte de atrás del expediente. No es posible que ni siquiera pueda defenderme utilizando lo mínimo indispensable, papel.

Miércoles 4 de noviembre de 1998

Se empieza a sentir el invierno. El frío cruel te inmoviliza. El viento helado golpea mi rostro y un temblor invade mi cuerpo.

Ayer en la madrugada no podía dormir del frío y recordé que la gente que vive en la calle se cobija con periódicos. Me levanté y busqué los periódicos.

cos que tenía, los puse entre las cobijas y el remedio surtió efecto de inmediato.

Los términos jurídicos son complicados y hay que aprendérselos de memoria. Todavía no entiendo cómo un defensor puede actuar sin las herramientas mínimas. Papel y pluma que en esta cárcel se prohíben.

Sábado 21 de noviembre de 1998

Me informan que fui exonerado del segundo cargo de enriquecimiento ilícito.

Mientras el fuego continúa, la guerra no para. Pequeños triunfos surgen, me motivan y dan confianza para seguir en la batalla. He ganado todos los procesos que tienen que ver con asuntos patrimoniales, lo que me mantiene en la cárcel es esta aberrante acusación de homicidio.

Me conmueven todos los de mi equipo de defensa, mi familia y amigos. Me siento muy afortunado. Personas como Luis del Valle Gurría, quien desde un principio ha estado presente, primero apoyándome en el aspecto fiscal hasta ganar el delito por evasión fiscal, después, en acuerdo con Cárdenas,

viendo el asunto del enriquecimiento ilícito. Y qué decir de amigos como Carlos de la Mora y Enrique Sada que han sido tan valientes como testigos, defendiéndome a capa y espada.

Viernes 4 de diciembre de 1998

Eduardo Luengo portador de confianza. Defensa segura, abogado leal, me explica que todo está a punto. Los expedientes revisados y las conclusiones terminadas. El fin se acerca. No tarda. No existen bases legales para continuar, la resolución del juez debe ser favorable.

Estoy emocionado.

Lunes 14 de diciembre de 1998

Escucho música grupera. Festejo navideño para algunos internos. El ritmo alegra el espíritu y mi estado de ánimo mejora. Junto a locutorios se encuentra un pequeño teatro donde celebran el festejo. Nunca me han dejado participar en ningún evento colectivo. No conozco el teatro, siempre estoy aislado. La música impide cualquier diálogo.

Jueves 24 de diciembre de 1998

Mucho frío en el penal y las almas penando de frío también.

Sábado 2 de enero de 1999

Comienzo de un año nuevo, esperanza, hay que confiar en la justicia. Este año mi situación se resolverá.

Doy gracias a Dios por lo bueno que recibo. Tengo un solo deseo para este año que empieza: libertad.

Jueves 21 de enero de 1999

El juez no se presentó. El secretario del juzgado es quien me da la cara. Lee sin prisa: "Raul Salinas de Gortari es penalmente responsable de ser el autor intelectual del homicidio calificado de José Francisco Ruiz Massieu, por tal motivo se le imponen cincuenta años de prisión".

El jefe de seguridad que estaba a mi lado sudaba, me miraba con los ojos muy abiertos, como espanta-

do. Al mismo tiempo el secretario del juzgado con voz titubeante me preguntaba si iba a firmar de enterado y los ministerios públicos de la PGR nunca levantaron la mirada del suelo.

Por un momento flaquean mis piernas, pero me recupero al instante. "Se perdió una batalla, pero no la guerra."

Camino de regreso a mi celda, en el trayecto la directora se cruza conmigo y me dice que ahora sí voy a tener tiempo para tener limpia la celda. El custodio que me acompaña mira para otro lado.

"No se preocupe, comandante, ya sé que esto no es responsabilidad suya. Usted está cumpliendo con su trabajo. Esto es cosa de hombres. Yo soy hombre y como tales todos nos vamos a comportar."

Sabía que a más tardar el viernes el juez tenía que dictar la sentencia. Estaba convencido de que la resolución iba a ser absolutoria. Ésta era la misma postura de todos los defensores, abogados y familiares. Estoy enojado. Yo estaba convencido de que por fin se iba a saber la verdad y la justicia reinaría. En primer lugar porque no participé en el homicidio de José Francisco. No hay móvil, traté a

Pepe por más de veinticinco años, los dos éramos políticos, por eso ninguna diferencia que pudiéramos haber tenido la dejamos crecer y menos echar raíces. La separación de Pepe y Adriana, mi hermana, fue en 1975, su divorcio fue de mutuo acuerdo y ellos mantenían una buena relación, sobre todo por mis sobrinas. En cuanto a las diferencias políticas que tanto mencionan, no tienen ni pies ni cabeza. Todo esto es absurdo.

Viernes 22 de enero de 1999

Me llaman al área de visita donde me esperan dos funcionarios.

Cuando llegué, lo primero que vi fue al licenciado Jesús Murillo Karam parado en el pasillo frente a los cubículos. Estaba acompañado por un señor que resultó ser el director general de Prevención, el licenciado Zazueta.

Sorprendido me acerqué y los saludé muy formalmente, me dirigí de usted al subsecretario quien amablemente me pidió que le hablara de tú como siempre. Después me presentó al licenciado Zazueta. Un hombre de cabello casi blanco, ojos claros

con una expresión muy amable. Se me hizo un hombre bondadoso. Me hicieron sentir bien; aquí la mínima expresión cordial te levanta un poquito.

Pasamos a una salita, nos sentamos a una pequeñísima mesa redonda. Me llamó la atención que la directora, Celina Ocegüera Parra, no estuviera presente. Quizá como se trataba de dar una buena noticia y ella sólo disfruta con lo malo que le pasa a los internos no asistió.

Murillo me dijo que venía por instrucciones del secretario Labastida para comunicarme personalmente que el presidente Zedillo había autorizado que me cambiaran de penal.

Primero agradecí el gesto pero de inmediato me fui al reclamo, diciéndole que la sentencia que me habían dado veinticuatro horas antes era injusta, que carecía de todo fundamento jurídico y que consideraba que era una sentencia política, dictada directamente desde Los Pinos.

Dirigiéndome al licenciado Zazueta, de quien yo sabía había sido juez en Sinaloa, lo llevé a afirmar con la cabeza lo que yo decía. "A nadie se le dicta una sentencia por cincuenta años sin tener una

prueba indubitable, basándose en un testigo de oídas y al que además se le pagaron quinientos mil dólares por la acusación.”

El subsecretario Murillo reaccionó muy institucionalmente. Dijo que el presidente no dictaba sentencias, que ese era trabajo de los jueces.

De manera respetuosa le comenté que no teníamos que engañarnos. Los dos conocemos el sistema político mexicano. Mi caso es estrictamente político. Me fabricaron una acusación para encarcelarme y luego sentenciarme.

Murillo Karam no comentó nada, dejando el tema de lado para preguntarme a qué penal quería yo ser trasladado. Di las gracias porque este ofrecimiento me era muy importante. Le comenté que mi familia estaba agotada al igual que mis abogados y defensores de trasladarse por carretera y que adicionalmente tenía un proceso abierto por enriquecimiento ilícito que se me seguía en un juzgado del Reclusorio Sur en la ciudad de México. Le dije que se me estaba haciendo un juicio prácticamente en ausencia ya que ni siquiera conozco al

juez, por lo tanto, le pedí que me trasladaran al Reclusorio Sur del Distrito Federal.

El licenciado Zazueta comentó que era mi derecho estar presente en donde me estuvieran llevando un proceso, pero Murillo Karam me dijo que esa opción no era nada fácil, ya que el Distrito Federal estaba en manos del Partido de la Revolución Democrática (PRD) y que esto traía un problema político adicional, por ello me ofrecía ser trasladado al penal de Pachuca, en el estado de Hidalgo.

Insistí. El licenciado Murillo Karam, tratando de aparentar firmeza, expresando la importancia de la autorización del presidente Zedillo y la buena voluntad del secretario Labastida, me dijo que pensaba que no había problema y que mañana me trasladarán al Reclusorio Sur.

Lunes 1 de febrero de 1999

He estado muy inquieto, todavía no hay nada del traslado. Empiezo a estar de mal humor, la espera me angustia.

Martes 9 de febrero de 1999

En los locutorios, Juan José, mi valiente hijo, me comenta que ha estado todos los días trabajando, esperando me autoricen el cambio de penal.

Domingo 14 de febrero de 1999

El periódico *El Universal* hoy publica un artículo en donde menciona que la Comisión Nacional de Derechos Humanos asegura que los estudios de personalidad son manipulados por la Secretaría de Gobernación para conceder o negar los traslados de penal a los internos. Explica que estos estudios técnicos que realizan para determinar el perfil clínico-criminológico y de clasificación de los internos se califican en forma subjetiva.

Lunes 15 de marzo de 1999

Me practican nuevos estudios criminológicos. Ahora que estoy sentenciado concluyen que no soy un individuo de alta peligrosidad.

Vinieron a verme Paulina y los hijos, lindo momento.

Martes 13 de abril de 1999

Estoy harto de la situación, cansado en extremo. Aún no se decide nada del traslado.

Ya han pasado muchos días, meses, desde el 22 de enero pasado en que el subsecretario de Gobernación me indicara que en unas cuantas horas sería trasladado. Han transcurrido más de setenta días en que día y noche me dicen que me aliste para negarlo después. Ayer otra vez me dijeron que me iban a trasladar pero luego me cancelaron.

Me siento como un animal de circo, a nadie le importa el motivo por el que estoy aquí, ya se olvidaron del caso Ruiz Massieu y la justicia. Han creado alrededor de mi persona un personaje malféfico que asusta.

Escucho y leo cómo los locutores y redactores opinan del traslado de penal como si se tratara de algún animal a un zoológico. Me siento como *Keiko* la ballena, o como el hombre elefante, aquel inglés del siglo diecinueve que presentaban en un circo e

impresionaba a la sociedad, pero de quien no consideraban que tenía un corazón humano.

Es cierto, la injusticia se tolera, mi inocencia fue acreditada en el juicio y lo inaceptable es que un juez se someta a una decisión política.

Miércoles 14 de abril de 1999

A media mañana me sacaron de la celda y el oficial me llevó a la salita donde a veces veo la tele. Ahí me esperaba el director, Leonardo Beltrán Santana, manifiestamente nervioso. Sin más preámbulo me dijo que tenía instrucciones de que el traslado se hiciera "ahorita" o ya no se podría después por toda la oposición que había, sobre todo de la PGR, que insistía tanto en evitar un cambio de cárcel. Así que el director me comenta: "Tiene cinco minutos para recoger lo que pueda, lo vamos a cambiar al penal del estado".

Nos levantamos de la silla al mismo tiempo y yo alcancé a decirle que el subsecretario Murillo Karam me había asegurado que me llevarían al Reclusorio Sur, para poder defenderme en el proceso que me seguían ahí.

Rápidamente el director me contestó: "Mire, señor Salinas, la PGR se opone ya que allá tienen otro interno del mismo caso (Fernando Rodríguez) que dicen que es prioritario para ellos".

Claro, le respondí, para ellos es más importante privilegiar a Fernando Rodríguez para que mantenga sus mentiras y acusaciones contra mí, que la palabra dada por el subsecretario de Gobernación.

"Tiene cinco minutos para recoger sus cosas. Apúrese, si no, ya no se hace."

Me fui corriendo a mi estancia, muy acelerado. Un oficial me dio dos bolsas de plástico, de esas que se usan para la basura, y ahí puse lo indispensable. En una metí el radio, la cafetera, un paquete de avena y otro de All Bran. También la pasta y cepillo de dientes y el del cabello.

En la otra bolsa eché mis calcetas, tenis y pants para hacer ejercicio. Metí la Biblia, mi diccionario, el Código de Procedimientos Penales y un ejemplar de la Constitución. Encima de todo esto recogí la ropa interior que recién había lavado. Literalmente en cinco minutos ya estaba parado frente a la reja de mi celda, enfundado en el uniforme, con suéter,

chamarra y bufanda. Sintiendo que adonde yo fuera haría igual de frío. Para mí el único clima que existía era el de baja temperatura. Estaba acostumbrado al hielo del lugar y me era difícil concebir otro clima. Al salir giré la cabeza por un instante y miré hacia el interior de la celda. Con gran tristeza miré ese espacio mínimo de cemento totalmente impersonal, un sitio tan inhóspito para cualquier ser humano que me parecía imposible haber pasado ahí veintidós horas cada día, durante estos espantosos últimos años. Por los túneles que llevan de las celdas a los juzgados caminé arrastrando mis bolsas de basura con mis últimas pertenencias. Me repetía a mí mismo: "Salgo vivo de aquí; sí estoy vivo y voy de salida".

Antes de pasar la última reja hacia los juzgados me desviaron hacia la escalera por donde recordaba haber entrado. Siempre arrastrando mis bolsas, como náufrago que guarda su máspreciado tesoro, llegué a una especie de hangar, un estacionamiento gigantesco donde me desvistieron el primer día. Ahí me esperaban el director y un gran despliegue de custodios armados. Firmé en un libro mi salida y me obligaron a que escribiera que aban-

donaba el CEFERESO en perfecto estado físico y mental.

Luego firmé en la misma libreta que recibía, al tiempo que me entregaban un poco menos de dos mil pesos. Dinero que mi familia me depositaba para yo obtener algunos productos de mi aseo personal, materiales para poder pintar y mis cereales integrales.

Visiblemente nervioso el director me indicó que él personalmente me acompañaría junto con el jefe de seguridad del penal, luego comentó que la PGR insistía en que ellos debían hacer el traslado, pero la Secretaría de Gobernación se oponía por razones de seguridad. Todo esto aumentó mi nerviosismo, pero sobre todo me sentía emocionado por salir de ese infierno de hielo que me había atormentado tanto.

Abordamos por la parte trasera una camioneta tipo panel, prácticamente cerrada. Entré y me senté junto a una pequeña mirilla de cristal que permitía ver al chofer. Junto de mí iba un custodio, metralleta en mano. En seguida se subieron el director, el jefe de seguridad del penal y un judicial de la PGR

—los dos últimos armados. El director sólo llevaba un radio de onda corta en una mano y un celular en la otra, por los que se comunicaba continuamente.

Tuve un sobresalto cuando cerraron las puertas violentamente, me percibía ajeno a todo esto, era como si yo estuviera viendo a un personaje de película. No me sentía yo. Arrancaron la camioneta y al salir a la luz identifiqué dos rejillas en cada lado de la camioneta por donde apenas se podía mirar hacia afuera. Traté de ver algo, reconocer en dónde había estado los últimos años, pero fue imposible. La única imagen que tengo de esa cárcel de alta seguridad son los túneles fríos, la celda helada e infinitamente pequeña, la sensación de angustia, el miedo, los ruidos constantes, mi memoria se va a la sala de juzgados, a los custodios, a la parte donde yo vivía entre rejas y delante de éstas, los seres libres.

En mi piel queda tatuado el frío, en mis oídos las quejas de los internos golpeados, desnudados y tirados en el suelo, esposados a las rejas. En mis ojos las manchas de sangre embarradas en el piso y en las paredes de los pasillos por los que transitamos los seres humanos encarcelados en el centro.

El movimiento de la camioneta me sorprendió al instante, me percaté de que hace cuatro años no me subía a un automóvil y estar en movimiento me hizo sentir extraño al principio. Trataba de ver hacia afuera. Me indicaron que me tirara al piso.

De inmediato obedecí. Me di cuenta de que entrábamos en una carretera porque el carro no se detenía. Escucho por el radio del director que le avisan que un helicóptero sobrevuela encima de la camioneta. Le piden instrucciones, le preguntan si regresamos.

El director, con labios temblorosos y notoriamente agitado, pregunta sobre los movimientos del helicóptero y si continuamos acompañados por un jeep y las otras patrullas. La respuesta es afirmativa y ordena que continuemos.

Mi corazón volvió a descansar y me indicaron que me incorporara. De inmediato lo hice y la curiosidad me obligó a tratar de ver lo que fuera a través de la rejilla. Era de día, estaba soleado y alcancé a ver unas colinas amarillentas, secas y pelonas. No sabes la emoción que sentí de ver esto aunque fuera fraccionado, me sorprendió la posi-

bilidad de ver a distancia, no había sido consciente de lo limitado que era sólo haber tenido estos años una pared frente a mis ojos.

Qué grande es el campo, me dije en silencio. Me sentí como niño que se sorprende ante lo inmenso del mar; ante lo que no puede delimitar. Me sonreí brevemente y atravesó mi ser el recuerdo de mi mamá. Su voz se hace del todo presente. Siendo yo un niño me está contando un cuento. Esto fue hace cincuenta años. Ella sentada junto a mi cama y con sus movimientos de cabeza y manos enfatizaba la narración que con su gracia me tenía embelesado. Me contaba "El patito feo", que cuando rompe el cascarón y mira hacia el patio de la granja, exclama: "¡Qué grande es el mundo!"

Estaba inmerso en el relato de mi mamá cuando de pronto una sacudida tremenda me saca de mi evasión. El chofer, esquivando los hoyos de la carretera, se ve obligado a frenar bruscamente y yo con ello volvía a los baches de la realidad.

En ese momento me di cuenta de que el director estaba hablando por el celular con el director general de Prevención de la Secretaría de Gobernación,

oigo que le comenta que todo está en orden y que el helicóptero que nos seguía ya se había retirado; también le comentó que en aproximados veinte minutos llegaríamos a nuestro destino.

Mis ojos se dirigieron hacia el judicial frente a mí, quien me miraba sin pestañear. En ese momento vino a mi memoria el pistolero que un día antes de detenerme envió la PGR frente a mi casa para asesinarme.

Fue el lunes 27 de febrero de 1995, eran como las seis de la tarde cuando me disponía a salir de la casa. Gracias a Dios, la escolta que estaba afuera hizo como de costumbre una revisión antes de que yo saliera. Ahí se encontraron a una persona que estaba escondida entre las plantas, justo enfrente de mi casa. Estaba armado con una pistola nueve milímetros, la sostenía en su mano derecha, recargado en el tronco de un árbol para asegurar la puntería; el arma tenía catorce balas en el cargador, un cartucho en la recámara, amartillada, lista para disparar.

La escolta, al darse cuenta de su presencia, lo rodeó y desarmó. Al revisarlo le encontraron su credencial de la PGR.

El teniente coronel Antonio Chávez, que era el jefe de la escolta y a quien le debo la vida, me informó y después dio parte al jefe del Estado Mayor Presidencial, que era el cuerpo al que pertenecía.

Paulina, que estaba junto a mí, aunque asustada, de inmediato reaccionó y fue por una cámara y sugirió que le tomaran unas fotos al criminal.

De inmediato me comuniqué con el secretario del presidente Zedillo, Liébano Sáenz, le conté lo sucedido y me indicó que me tranquilizara. Que el incidente había sido muy desagradable y que le iba a informar al presidente. Insistió en que confiara en él y en el presidente Zedillo ya que eran mis amigos.

Los recuerdos se interrumpían por el continuo movimiento de la camioneta que empezó a ser muy desagradable y a producirme náusea. Para evitar incidentes, recurrí a la práctica de los marinos, respirar de manera acelerada por la nariz, inhalando y exhalando rápidamente. El director se dio cuenta y de inmediato me preguntó si me sentía mal. Poco a poco, ayudado por las respiraciones, me fui recuperando.

Me asomé a la rejilla, dándome cuenta de que estábamos en una población y curiosamente alcanzo a leer un letrero que decía: *Jardín de niños "Guadalupe Rhon de Hank González"*, de inmediato volví a los recuerdos. La ideología política del profesor Hank: "Atender a la gente". Hago unas reflexiones con mis acompañantes y me entero de que estábamos en el pueblo de Almoloya.

Los baches continuaron por aproximados diez minutos. Siento que la camioneta disminuye la velocidad e indican que estamos por llegar, pidiendo que me agache de nuevo en el piso.

El vehículo se detiene, oigo el abrir de puertas. Me quedo ahí sin moverme con el corazón agitado y tratando de ordenar mis pensamientos para calmarme. Las personas que venían conmigo se bajan del carro y dicen que espere un momento. Vuelvo a sentir la náusea, el malestar tan desagradable, y al poco tiempo me indican que ya puedo descender. Obediente me levanto del piso, voy hacia la salida, por supuesto arrastrando tras de mí el tesoro, es decir, las dos bolsas de plástico que contenían mis pertenencias.

Al salir me lleno de luz de día, siento un ligero calor y me detengo un poco en la sensación pero de inmediato me piden que continúe hacia la puerta del edificio que estaba frente a mí.

Leonardo Beltrán, director de la cárcel de máxima seguridad, seguía conmigo, acompañado por otras personas para mí desconocidas, caminamos por este pasillo de afuera hasta el fondo y a la izquierda se pararon frente a esta puerta de lámina que tiene inscrito el número doce. Me invitaron a pasar en cuanto abrieron el candado y mi primera impresión al entrar a esta celda fue el tamaño de la base de concreto de la cama matrimonial, observé lo delgado del colchón de hule espuma, observé las ventanas cerradas y el frío de inmediato regresó a mí. Me sentía extraño en el lugar, todavía no podía asimilar lo que me estaba sucediendo y tampoco tuve mucho tiempo ya que detrás de mí entraron el director del penal federal, también el licenciado César Fajardo, director de Prevención del Estado de México, el licenciado Abimael Durán, director de este penal y dos subdirectoras.

Todos entraron conmigo por unos minutos para retirarse cuando entró un oficial, quien me pidió

amablemente que vaciara sobre la cama las dos bolsas con mis pertenencias que tanto cuidé. Revisó todo y me indicó que estaba bien, que lo único que no podía guardar era el dinero, explicó que lo devolvería a mis familiares ya que la única cantidad que se me permitiría, como a todos los internos de este penal, serían cien pesos semanales para mis necesidades básicas.

Al retirarse el oficial, de nuevo entran los directores y se despiden de mí. Sólo se quedan las subdirectoras y por varias horas se dedican a interrogarme y explicar el reglamento del penal. Notoriamente sorprendidas por mi manera tan formal en mis respuestas, tratan de darme confianza. Por su extrañeza y las miradas entre ellas me di cuenta de que mi conducta no era la esperada, que ésta era consecuencia de la costumbre adquirida en Almoloya de responder de esta manera de acuerdo a lo estricto del reglamento, unido a la prohibición de dialogar con la gente de ahí y el temor constante a ser castigado o segregado.

Mis respuestas siempre iban acompañadas de un "Sí, señora", hasta que una de ellas, la licenciada Castillo, en tono tranquilo y amistoso me pide que

no sea tan formal, me dice que le puedo llamar Patricia y agrega que lo único que aquí me piden es que cumpla con el reglamento. "Ingeniero", me dice, "aquí no somos sus enemigos."

Después de este comentario, empiezo a relajarme. Al cabo de unas horas regresó el licenciado Fajardo, las subdirectorales se retiraron y un ayudante entró con él, me entregó unas sábanas, dos cobijas y una almohada. Se las agradecí al recibirlas y se fue. El licenciado y yo nos sentamos a platicar. Comenta que afuera estaba lleno de periodistas y que pedían una entrevista conmigo. Yo le contesté que siempre he estado dispuesto a darla pero que nunca me lo habían permitido.

Se levanta y me indica que va a pedir instrucciones al respecto y que ahora me deja para permitirle la entrada a Juan José, mi hijo, y pueda constatar mi estado de salud además de traerme algo de ropa, así como de cenar.

Ya en la puerta, elogió a Juan José. Me dijo que este traslado se había logrado gracias a su tenacidad incansable. El licenciado Fajardo me relató que Juan José había tenido varias entrevistas con él y con

los funcionarios de Gobernación, siempre insistiendo en el cambio de cárcel y nunca se dio por vencido ante cualquier negativa en estos dos meses y medio.

Al salir el licenciado, entra mi hijo con una hermosa sonrisa en los labios, nos dimos el abrazo más fuerte que se pueda imaginar. Después me entrega una bolsa con ropa y la otra con unas tortas, no habíamos comido y las disfrutamos enormemente pero sobre todo festejamos nuestro triunfo. Mi adorado hijo, mi mejor amigo había logrado sacarme del infierno de hielo de Almoloya. Nos permitieron estar juntos por cuarenta y cinco minutos y con ello se renovaron nuestras esperanzas.

Al salir Juan José me quedé completamente solo. Encerrado en mi tristeza, acelerado por el movimiento del día, comencé a guardar mis cosas, tendí la cama y revisé el lugar. Recorrí los límites de mi nueva estancia, con horror observé que las ventanas estaban canceladas con una gruesa lámina de metal. Sin embargo vi que el techo tenía treinta centímetros más que en Almoloya, lo que de inmediato me hizo sentir aire, también las paredes están más alejadas de mí, lo que me dio un cierto desahogo.

Por la ausencia de la cámara, ya no siento esa presencia que todo lo ve.

Una tortura psicológica, una tortura existencial, sentirse determinado y observado, siempre empequeñece y convierte al hombre en niño temeroso y dependiente. Esa es la rehabilitación en el centro de alta seguridad, me imagino que la consigna es la aniquilación total. Llegó la hora de acostarme, el tiempo de conciliar el sueño, la búsqueda de instantes de eternidad. Sin embargo la sensación de estar completamente vivo, el recuerdo de cada momento vivido en el día, lo acelerado de mis sensaciones, me hicieron quedarme acostado viendo hacia el techo. De pronto reacciono, miro desconcertado ese objeto que por cuatro años se había convertido cada noche en mi mayor torturador: el foco encendido.

No sabía qué hacer, nadie me dijo nada sobre la limitación de mis derechos en el interior de mi celda. Durante media hora dudé frente al foco, ese objeto mudo y brillante siempre presente. De pronto vi una pequeña cadena que pendía del foco y hacía posible poder apagarlo. Pero no me atreví.

Del pasillo llegaban algunos ruidos, pasos ligeros, voces lejanas. Mi corazón latía sobresaltado pensando en la posible represión por mi atrevimiento de apagar la luz. Finalmente tomé la decisión como un acto de audacia. Me paré sobre la cama, tiré de la cadenilla y quedé a oscuras.

Con miedo, mucho miedo, me quedé esperando a que viniesen a reprenderme, que me dijeran que no tenía derecho a apagar el foco y que me regresarían al CEFERESO. Durante un buen rato permanecí hincado sobre la cama, aterrado, esperando que se repitieran los hechos como en Almoloya. Que se abriera de pronto la puerta y entraran los custodios con sus chalecos antibalas, con los cascos y macanas antimotines y me obligaran a desnudarme en el pasillo, pero esta vez para regresarme a aquel infierno helado. Pasó el tiempo y no sucedía nada. Escuchaba el eco de las risas de los custodios, la música de un radio y el murmullo de su plática.

Largas sombras imaginarias, temor a la represión y, por fin, entiendo que no iba a pasar nada, que apagar la luz no era una infracción. Poco a poco empecé a experimentar el placer de la oscuridad. Sin la agresión de la luz continua, los músculos de

la cara se me empezaron a relajar. Las manos vinieron a mi rostro y a oscuras, de rodillas sobre la cama, empecé a llorar.

Con todo sentimiento, con toda emoción saqué lo más profundo de mi corazón. Todo se unió a destiempo. Aún no lograba recobrar la libertad pero al menos podía llorar a solas, en medio de la oscuridad, sin custodio tras las rejas, sin una cámara de video filmando, sin el foco permanente lacerándome.

Arrastrando lo que había atrás, el principio de la noche, la olvidada oscuridad, lo tormentoso del día y el conjunto de emociones entremezcladas, me quedé dormido. Por la inquietud desperté constantemente, entre la vigilia y el sueño, en ocasiones angustiado, en otras tranquilo.

Al despertar empecé a mirar la vida de otra manera. La esperanza surgía. La etapa de la resistencia, la lucha por sobrevivir los cuatro años de encierro inhumano, se van quedando en el pasado. Ahora se inicia con toda confianza la etapa de la defensa.

ESTA EDICIÓN SE TERMINÓ DE IMPRIMIR

EL 29 DE MARZO DE 2005

EN IMPRESORA ROMA, S.A.

TOMÁS VÁZQUEZ NO. 152.

COL. AMPLIACIÓN MODERNA

08220, MÉXICO, D.F.

Diario del Infierno de Almoloya

Raul Salinas de Gortari

A exactos diez años de su encarcelamiento, Raul Salinas de Gortari rememora en *Diario del infierno de Almoloya* los primeros cuatro, los cuales vivió en la prisión de máxima seguridad hoy conocida como La Palma, en el Estado de México.

Imágenes de gran crudeza, sentimientos difíciles y amargas cavilaciones constituyen la crónica personalísima de este periodo, “la prueba más grande que he vivido”, en palabras de su autor. Sin embargo, un viento de esperanza cruza todas las páginas, pues es también un testimonio de resistencia ante los rigores extremos de la institución penitenciaria y el sistema judicial.

Diario del infierno de Almoloya es lectura obligada para tener la perspectiva completa de uno de los casos más sonados de la historia política reciente de nuestro país.

